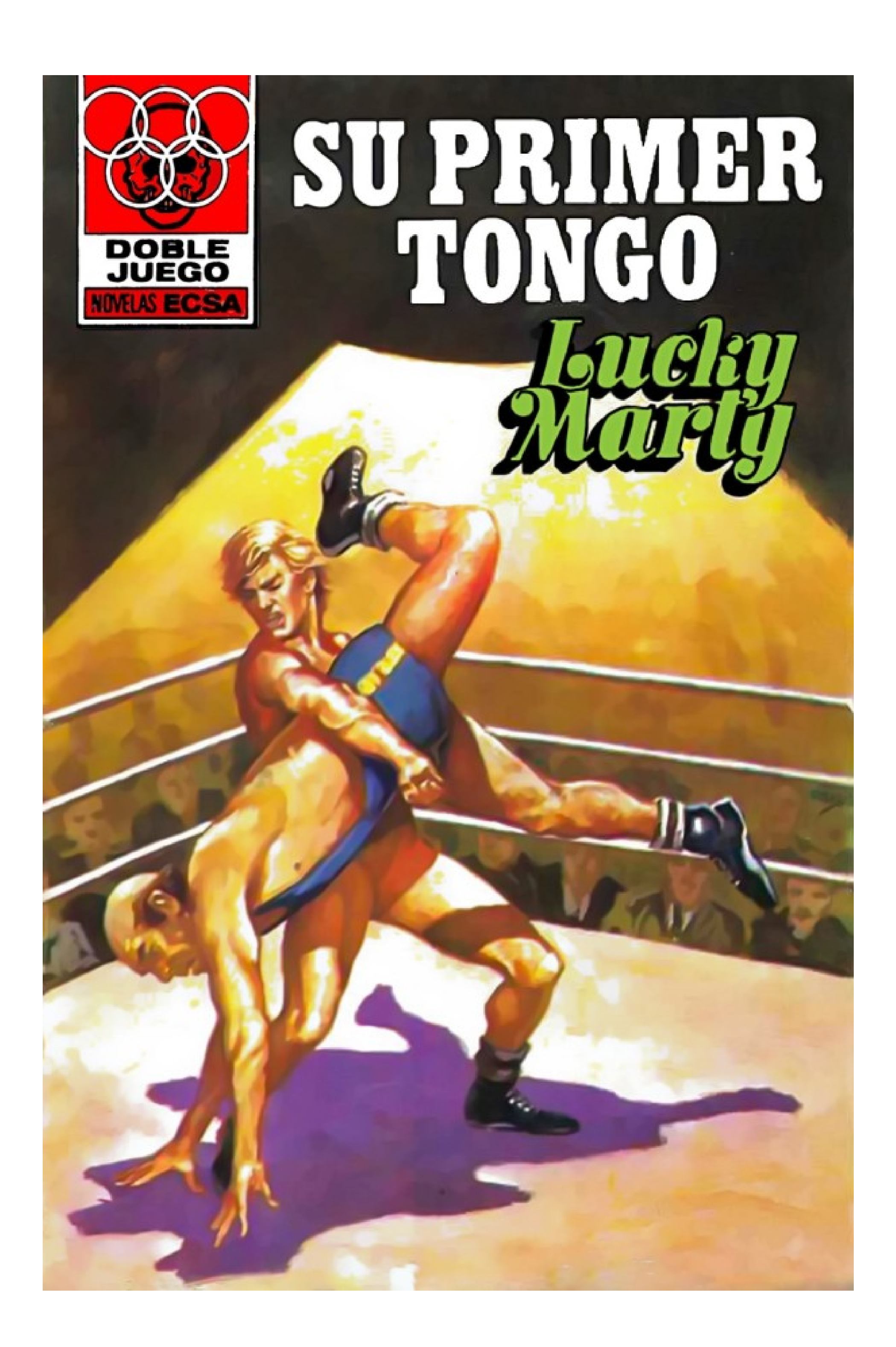
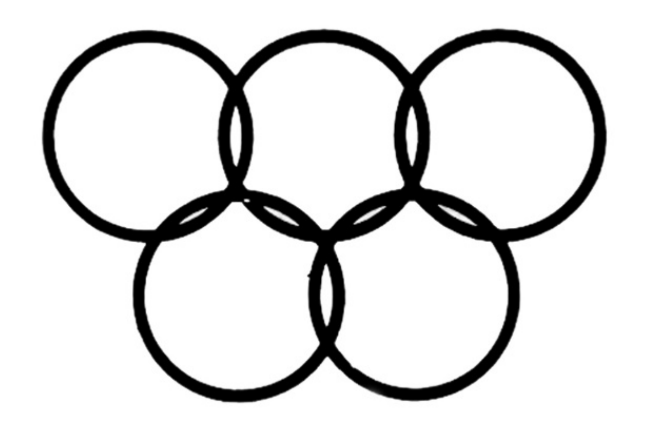


DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
SU PRIMER TONGO
Lucky Marty



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

SU PRIMER TONGO

Colección
DOBLE JUEGO n.° 21
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 23.977-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto. 1982
2.ª edición en América: febrero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

«Que no sea tu cuerpo la primera
sepultura de tu esqueleto».

GIRANDONE

CAPÍTULO PRIMERO

Un soberbio «Sedán» descapotable, así de largo, así de ancho y último modelo, pintado de rojo llamativo y con los neumáticos de blanco, frenó bruscamente frente al destartalado edificio del «Gimnasio Bronsky», situado en el barrio portuario por excelencia de la ciudad de Chicago, concretamente en el número 81 de Clarence Street.

Del lujoso vehículo bajaron tres hombres; el que había conducido era muy alto, con anchas espaldas de titán; su compañero del asiento delantero, algo más bajo y rechoncho, pero también recio, y el tercer personaje, que era el que más se distinguía y que gruñó a la bella mujer que venía acompañándole en el asiento posterior:

—Tú espera aquí, reina.

Rossi Donatto —perdón—, el «Gran Donatto», como le gustaba que le llamasen, no podía negar que descendía de italianos. Y no solo por su marcado acento siciliano, sino por el constante movimiento de sus manos regordetas luciendo en sus cortos dedos algunos brillantes, así como por sus rasgos faciales de hombre meridional, sus ojos tan negros como el liso cabello, embrillantinado y siempre reluciente y, sobre todo, por su peculiar forma de vestir, siempre tan «elegante».

Lo de «elegante» es simple eufemismo.

Rossi Donatto no podía evitar seguir aferrado a tiempos pretéritos. Él seguía usando botines inmaculadamente blancos sobre sus negros y brillantes zapatos de charol, guantes también muy blancos y trajes de 500 dólares, bien cortados y de mejor paño, también generalmente negros.

Por lo que respecta a las floreadas corbatas, olvidando su bien ganada reputación en otros órdenes de la vida, «El Gran Donatto» ya era más que famoso no solo en Chicago, sino también en Nueva York, Florida, California y allí por dónde pasaba.

Para más inri, el activo organizador de veladas de lucha libre,

campeonatos de boxeo, carreras de caballos —amén de otras ocupaciones lucrativas, pero menos confesables—, Rossi Donatto tenía otra debilidad: le encantaba presumir de hermosas, elegantes y sofisticadas mujeres.

Eso era su máximo delirio.

Y no le importaba lo que tales caprichos le podían costar.

«El Gran Donatto» nunca entraba en los elegantes hoteles o locales que solía frecuentar, sin llevar colgada a su brazo una beldad que fuese la envidia de los demás hombres, y aún de las resentidas mujeres.

Si en aquella ocasión dejó sentada en el coche a la despampanante Iliana Luketi, fue porque solo acudía al «Gimnasio Bronsky» a tratar de negocios: una de sus visitas rutinarias, para buscar nueva «mercancía».

De cualquier manera, a la elegante «dama» no pareció importarle mucho que su dueño y señor la dejase cómodamente sentada en el asiento posterior del soberbio descapotable rojo. Iliana Luketi se limitó a parpadear sus pestañas postizas, frunció sus rojos y sensuales labios en gracioso mohín al lanzar al viento un beso y runruneó:

—*Vene pronto, mio amore*...

El elegante, altivo y displicente Rossi Donatto ni se dignó volverse. Escoltado por el tipo que hacía de chófer y el otro individuo rechoncho, penetró en el «Gimnasio Bronsky» como si fuera su casa.

Era su casa.

Todo el destartalado edificio de ladrillos rojos de su propiedad, desde los sótanos hasta el tejado.

Cuando el delicado olfato de Rossi Donatto captó aquel ambiente, nada más que uno de sus hombres empujó los batientes, tras soltar una blasfemia en puro siciliano, exclamó con asco:

—¡Uf! Aquí huele a demonios. ¿Es que estos tipos marranos no se duchan?

Era cierto: olía a sudor.

A sudor humano y a ropa sucia, a toallas muy gastadas, a agua enjabonada que ha intentado refrescar cuerpos de hombres, fatigados por el ejercicio y el entrenamiento.

En el centro de la gran sala, sin más adornos que pesas en las

paredes de ladrillos rojos, o guantes de boxeo colgados y artilugios instalados para los entrenamientos, destacaba un *ring* con sus doce cuerdas muy gastadas y sin la tirantez debida, donde dos hombres evolucionaban sobre sus piernas haciendo guantes, tal como se dice en el argot pugilístico.

Uno de ellos era un negrazo, que parecía recién arrancado de las selvas africanas. Golpeaba a su *sparring* con furia y saña y se adivinaba que, de no ser por el casco protector, le habría tumbado con uno de sus poderosos derechazos.

—¿Quién es? —deseó concretar Donatto.

Angelo, el más alto y recio de sus guardaespaldas, le informó casi al oído:

—Bruymaker... Le llaman «Sangre Negra».

—No está mal... ¡Me gusta ese tío!

Rossi Donatto paseó la vista por el resto del amplio y desangelado gimnasio con piso de cemento: doce o quince muchachotes también se entregaban a sus entrenamientos. Unos saltaban a la cuerda, otros hacían «sombra» ante unos gastados espejos que casi no reflejaban su imagen, otros probaban la fortaleza de sus puños en los sacos terreros colgando del techo: los más efectuaban ejercicios gimnásticos, bien levantando grandes pesas, en las barras paralelas y saltando sobre los potros de madera.

Era natural que allí oliese a sudor.

Rossi Donatto sacó de una cigarrera de piel y oro un habano de a palmo, empezando a mordisquearlo con sus ralos dientes. Angelo le ofreció al instante el fuego de su encendedor y ello debió de ser la señal para que el otro individuo batiese palmas.

Todos los presentes miraron hacia la entrada del gimnasio. Al reconocer al visitante no fueron pocos los que cesaron en sus ejercicios. Los que no lo hicieron fueron advertidos por las palmas de aquel individuo, que alzó la voz para anunciar:

—¡Eh! ¡Atención, atención! ¡«El Gran Donatto» está aquí!

En uno de los rincones, un joven rubio, todo un atleta con ciento noventa de estatura y unos ochenta y seis kilos de peso, sudoroso y jadeante también, olvidó sus ejercicios. Tendría unos veinticuatro años y sus ojos verdes se clavaron también en aquel hombre tan elegante y de talla media, tirando a grueso, del que tanto había oído hablar.

Era la primera vez que veía personalmente a «El Gran Donatto» y le sonrió desde el fondo del gimnasio.

El muchachote se llamaba Jim Warron y de sobras sabía lo que podía esperarse de una visita así. Cuando «El Gran Donatto» viajaba a Chicago y se dignaba presentarse en el «Gimnasio Bronsky», es que venía a buscar «mercancía».

La «mercancía» eran ellos, todos los que entrenaban allí. Si eran elegidos, podían decir que su suerte estaba echada. La «Organización» que presidía Rossi Donatto tenía un circuito por todo el país, en donde constantemente se celebraban veladas de boxeo y lucha libre.

El que entraba en el carrusel de Rossi Donatto tenía asegurado un contrato por mucho tiempo. Viajes pagados, buenos hoteles, comida y dinero. Las líneas aéreas del país facilitaban que el que luchaba hoy en Nueva York, mañana o dentro de dos días lo pudiera hacer en Miami, San Francisco o en Austin, en Texas. Para la «Organización» de «El gran Donatto» no existían las distancias.

Tampoco tenía problemas de locales. Incluso cuando las veladas de lucha libre tenían lugar en pequeñas ciudades, siempre se alquilaban los mejores centros deportivos, o los cines de más aforo, o el lugar donde normalmente se jugaba al baloncesto, o donde fuese.

El nombre de «El Gran Donatto» era en si garantía de buena organización y excelente espectáculo. Los hombres que él contrataba eran los mejores, los más diestros, los más famosos y célebres del país.

También, generalmente, los más fuertes, los más atléticos, los más musculosos.

Los que daban mejor espectáculo, y más enardecían al público.

«Pata Chivo», «Tijeras», «Veneno», «Sansón», «El Hércules de Wisconsin», «Peligro»; todos ellos aparecían en infinidad de carteles a lo largo y lo ancho del país, mostrando la desarrollada musculatura de sus cuerpos de modernos gladiadores del *ring*, en actitudes muchas veces desafiantes, feroces.

De hombres que se ganaban la vida con sus poderosos músculos, a la par que con su habilidad para la lucha.

Los que llegaban a «estrellas» del espectáculo, aquellos que más combates ganaban aquí y allá, en una rotación constante que no

fatigaba a los muchos seguidores del viril deporte, no solo se convertían en auténticos ídolos nacionales, sino que también ganaban una fortuna y el trampolín para saltar a Europa y los otros continentes, siempre repartiendo fenomenales mamporros y luciéndose con sus «llaves» y contrallaves, de las que tanto abundan en la lucha libre americana.

La «Organización» de Rossi Donatto llegaba a la perfección de poseer una cadena propia de diarios deportivos y hasta algunas revistas a todo color, que bien se cuidaban de realzar las proezas de aquellos gladiadores modernos, con reseñas detalladas de los combates, los enfrentamientos de uno y otro campeón, los constantes retos que existían siempre entre ellos mismos, sin olvidar concursos y anunciar las próximas veladas más sobresalientes.

Todo un imperio, basado en los músculos, la fuerza y las habilidades de aquellos elegidos por la madre Naturaleza, cuya fortaleza física les permitía dedicarse a tan violenta profesión.

Por supuesto que otros muchos promotores, otros muchos «amantes» de la lucha libre, también organizaban veladas y espectáculos de tal naturaleza.

¿Pero a ver, quién era el guapo que pudiese competir en plan de igualdad de calidad, con el rico y poderoso Rossi, «El Gran Donatto»?

Por eso su visita al «Gimnasio Bronsky» resultaba para todos los aspirantes tan importante y vital.

«El Gran Donatto» volvía a estar en Chicago, lo que venía a significar la posibilidad de que muchos luchadores, prácticamente anónimos, saltaran a la fama.

Y la fama va seguida del dinero, de la fortuna, claro.

CAPÍTULO II

Con el humeante habano sujeto con los dientes, las manos enguantadas y a medida que avanzaba y se cruzaba con los hombres que habían sorprendido entrenando, Rossi Donatto, siempre seguido por sus dos fieles guardaespaldas, tocaba aquí, palpaba allá, ponderando a veces los medio desnudos cuerpos musculados:

—*Va bene…! Molto bene…!* Sigue así y desarrollarás más, *mio caro bambino*.

A veces, hasta se dignaba sonreír.

Cuando llegó junto al *ring*, echando hacia atrás su negro sombrero de auténtica felpa —más de 200 dólares—, alzó la cabeza y centrando sus ojillos brillantes en el atleta negro, quiso saber:

—Tú eres Bruymaker, ¿no?

—Sí, señor Donatto.

—¿Y por qué te llaman «Sangre Negra»?

Aún sobre el *ring*, junto al hombre que le servía de *sparring*, el boxeador negro se encogió de hombros y terminó comentando:

—No sé, señor Donatto. Me lo puso un cronista deportivo. Debe de ser porque, cuando tengo un combate, se me pone como la sangre negra y no doy respiro a mi rival.

—Eso está bien, Bruymaker. ¡Me gusta!

Luego ladeó la cabeza, para mejor hablar con uno de sus hombres que le seguían al indicar:

—Apúntalo, Angelo. ¡Me lo quedo!

Desde lo alto del *ring*, el negrazo sonrió de oreja a oreja:

—Gracias, señor Donatto. ¡No le defraudaré!

—Eso espero… ¡Eso espero!

Siguió su minuciosa inspección, pero de pronto indagó con disgusto en la voz:

—¿Dónde está Bronsky? ¡A ese viejo polaco siempre le gusta hacerme esperar!

Aunque el alto y fornido Angelo siguió junto al hombre que le pagaba, estiró el cuello y poniéndose de puntillas sobre sus lustrosos

zapatos, intentó localizar al encargado del gimnasio. El otro guardaespaldas le imitó, decidiéndose caminar hacia el fondo de la gran sala donde una cristalera anunciaba que allí estaba instalada la oficina.

Cuando Rossi Donatto pedía una cosa, había que servírsela al instante.

Pero el veterano entrenador tampoco estaba allí.

El viejo y astuto León Bronsky también había visto entrar en el gimnasio a los tres italianos, y antes que le localizasen a él prefirió esfumarse. Le disgustaban aquellas periódicas visitas de Rossi Donatto, que siempre terminaba llevándose a los mejores muchachos que él entrenaba.

Claro que para eso él estaba allí, encargado de aquel gimnasio que, aunque llevase su apellido, no le pertenecía. Él se limitaba a cobrar un sueldo, pero...

Cuando había salido de la oficina se había fijado en la feliz sonrisa que el ingenuo joven Jim Warron lanzó al elegante italiano, por lo que le había tomado por un brazo al sisearle:

—Ven conmigo. Jim.

—Pero estoy entrenando y...

—¡Ven conmigo, leñe!

—¿No ves que ha llegado «El Gran Donatto», viejo?

—¡Precisamente por eso!

—Pero... Preguntará por ti.

—¡Que se espere ese siciliano!

El joven le había seguido, a lo largo de un pasillo que llevaba a los vestuarios. Una vez allí fue cuando el viejo entrenador ordenó, con energía:

—Vístete, Jim.

—¿Pe... pero por qué, viejo? Te he dicho que estaba entre...

—¡No quiero que te vea ese buitre!

—¿Ah, no?

—Ya me has oído.

—¿Y puedo saber por qué diablos me haces esto a mí, precisamente a mí?

—Te lo diré en pocas palabras, Jim: no quiero que un muchacho como tú sea... ¡Sea «estropeado»!

—A ver si te aclaras, viejo. ¿Qué quieres decir con eso de

«estropeado»?

—Donatto viene en busca de carne de *ring*. ¡Como siempre!

—¿Y eso es malo?

—A tu edad, ahora que hemos conseguido que estés en tu mejor forma, puede ser fatal para ti, muchacho.

—Sigo sin entender, León.

—Te lo explicaré con más detalles otro día. Ahora solo te preguntaré esto: ¿quieres ser un golfo, un tipejo que siempre ande fuera de la ley?

—¿A qué viene eso?

—¡Maldita sea, Jim! ¡Te he dicho que ya te lo explicaré! ¡Pero ahora quiero que te vistas y que esa hiena no vea tus músculos ni tu cuerpo así, medio desnudo. Podría encapricharse de tu figura de joven atleta y…

—Yo lo deseo, León —replicó el joven—. ¡Quiero triunfar! ¿Lo has entendido?

—Con esos canallas, tus sueños se esfumarían.

—Soy mayorcito, ¿no?

—Sí, lo eres, Jim. ¡Todo un gigante, con un cuerpo fantástico y poderosos músculos! Con unas facultades físicas que pueden llegar a ser fabulosas. Pero no sabes que esos hombres… toda la organización de «El Gran Donatto», no es más que…

—¡Ya basta, León! Déjame salir de aquí.

—¡No te dejaré!

—¿Y qué quieres? ¿Qué siga siempre en Chicago, sin salir de aquí, conformándome con algún que otro combate que tú me consigues?

—¿No te basta, Jim?

—¡No! Te he dicho que quiero triunfar, ver mundo, ganar dinero.

—Ganas mucho más que cuando te recogí vagabundeando por los muelles.

—¿Y qué es eso, comparado con lo que ese hombre me puede ofrecer?

—Yo te diré lo que puede ofrecerte. ¡Tongos! Peleas arregladas. Combates vendidos. ¡Trampas y siempre trampas, Jim!

—¿Desde cuándo te has vuelto tan moralista, viejo?

—Lo he sido siempre, muchacho.

—¿De veras, León?

—Lo sabe mi conciencia, Jim.

—Pues yo he oído que, cuando entrenabas a Rocco...

—¡Él vendió el campeonato, no yo! —protestó el veterano León Bronsky con viveza—. Y de eso ya hace mucho tiempo.

Jim Warron miró al viejo, le notó como abatido y por eso intentó argumentar:

—Verás, viejo. Yo agradezco tus consejos. ¡Siempre lo he hecho! Pero ahora se trata de mi porvenir.

—Tu porvenir sería el de Rocco. ¡Tú mismo lo has recordado!

—Son tiempos distintos, León. Y además...

—¿Además qué, Jim?

—¡Necesito dinero!

—Si estás en algún apuro, sabes que tanto yo como Nadia...

—Olvida a tu hija: no la mezcles en esto.

—Tengo que mezclarla, Jim. Sabes que ella sentiría mucho si te fueses de Chicago y yo... yo...

—¡Maldita sea, viejo! ¡Te repito una vez más que aspiro a triunfar! ¿Por qué crees que me entreno con tantas ganas?

—Ya estás triunfando, muchacho. ¡Has ganado seis peleas seguidas!

—¡Sí, sí! En un local de mala muerte y en esta cochina ciudad.

—Es la tuya, Jim.

—Precisamente por eso, viejo. Tú mejor que nadie sabes que cuesta mucho ser profeta en la propia tierra.

—Tú lo serás, Jim.

—¿Cuándo?

—La próxima semana vuelves a luchar: he conseguido que pelees con Pickens.

—¡Pickens es un «paquete»! No sabe más que agarrarse... ¡Y morder también!

—Te lucirás y vendrán otros combates.

—Con el señor Donatto los tendré seguros.

—¿Peleando siempre al dictado, a su capricho y según su provecho y el de su sucia «Organización»? «Hoy te toca ganar, Jim: mañana perder, porque yo lo he arreglado así. En Nueva York triunfarás, pero a la siguiente pelea fulanito de tal te dará una gran paliza». ¿Es eso lo que quieres, muchacho?

—Me conoces, viejo: sabes que no aceptaría eso.

—Precisamente por conocerte bien, sé que tendrías serios problemas. Los que se contratan con él, siempre tienen que obedecerle.

—¡Nadie me manejará a mí! —afirmó Jim Warron.

—Todos dicen eso, pero al final tienen que claudicar.

—No soy tan débil de carácter, León.

—¡No lo eres! Pero ellos son muy poderosos: tienen mil formas de convencer… ¡O de arruinar para siempre a un hombre!

—Mi ruina está aquí. ¡Peleando por cuatro centavos!

—¿No puedes esperar un poco más, Jim? Yo te prometo que…

—¿A qué diablos quiere que espere? ¿A casarme con tu hija y ser un pobretón como tú?

El viejo León Bronsky no pudo replicar aquella vez, porque unos pasos en el corredor les hicieron mirar hacia allí.

La joven Nadia Bronsky acababa de entrar en los vestuarios.

La muchacha miró a los dos hombres y luego quedamente anunció:

—Por favor, papá. El señor Donatto te busca.

—¡Que espere!

—Se ha puesto a gritar. Me encontró en la oficina y me encargó que te buscase.

Luego los ojos de la muchacha buscaron los del joven Jim Warron y manifestó:

—Y no te preocupes por mí, papá. Si Jim se va de Chicago, no me moriré de nostalgia.

—¡Nadia! Yo… yo…

—¡Déjame! No vuelvas a tocarme ni una mano siquiera.

Y se alejó corriendo, para que no vieran sus lágrimas.

El viejo León Bronsky miró al joven, se encogió de hombros, pero al fin dijo:

—Piénsalo, hijo… Tengo que ir a soportar a ese condenado siciliano.

Y también salió.

CAPÍTULO III

Antes de acercarse como de puntillas, el veterano entrenador pudo oír que, rodeado por los jóvenes del gimnasio, Rossi Donatto les decía muy satisfecho de él mismo:

—No sé qué inglés lo dijo, pero afirmó aquello de «ser o no ser, esa es la cuestión». Y en la vida ya sabéis, *bambinos*. O se triunfa... o se conforma uno con ser siempre un fracasado en la vida.

Amplió su sonrisa, antes de añadir:

—Y «El Gran Donatto» siempre quiere lo mejor, porque siempre ofrece buen espectáculo: el público quiere diversión, buenos golpes, llaves diestras, veloces, ágiles fintas, buena escuela. ¡El país está lleno de gente que paga para ver todo eso!

Nueva pausa, para ir señalando a los jóvenes medio desnudos al animar:

—Quieren ver fuertes músculos, cuerpos de atletas, esfuerzo, lucha... ¡Dos tipos que se zurran de lo lindo! Y cuanto más reñido sea el combate, ¡mejor, *bambinos*, mejor!

—Son más bestias ellos que nosotros —se atrevió a opinar uno de los jóvenes.

—¡Pero ellos pagan, amigo! —atajó al instante el astuto promotor—. Tienen derecho a gritar, berrear, insultar, azuzar. Exigen acción violenta y yo se la doy, porque siempre contrato a los mejores, a los más bravos, a los que no les asusta la sangre ni nada.

—En un combate limpio no hace falta que...

—¿Y quién habla aquí de combates limpios, *bambinos*?

Algunos intercambiaron miradas entre ellos, pero Rossi Donatto no les dio tiempo a la reflexión al añadir al instante:

—Se paga por ver todo eso y en paz. Y esto ya existía hace muchos siglos, muchachos. En mi país, en la gloriosa Italia, los antiguos emperadores romanos también organizaban su «circo».

—Aquello era con fieras, ¿verdad, señor Donatto?

—Palabra que yo no exijo tanto. ¡Ninguno de vosotros morirá en el *ring*! No, no, hijos: hoy las cosas han cambiado mucho. ¡Pero sí

exijo un espectáculo! ¡Luchas que hagan a la gente vibrar y gritar, levantándolas de sus asientos!

—Muchas mujeres lo hacen.

—¡Tú lo has dicho, *bambino*! ¿Y por qué? Porque se excitan: porque las enardece contemplar vuestros fuertes y hermosos cuerpos masculinos tensos, vibrantes, sometidos al máximo esfuerzo en una lucha titánica con el rival. Porque se figuran que están entre vuestros hercúleos brazos, porque se encandilan al pensar lo resistentes que podéis ser: porque sueñan con ser amadas y deseadas por hombres así, y porque ven todo el primitivismo ancestral de una raza que, ¡ay! por desgracia, se está haciendo delicada, refinada y excesivamente sofisticada. Y yo os digo que…

Rossi Donatto interrumpió su «brillante» perorata y giró veloz la cabeza, al oír que unos aplausos sonaban a su espalda.

El viejo León Bronsky avanzaba hacia el grupo celebrando:

—Siga, señor Donatto, siga. ¡Lo hace muy bien!

—¿Ah, eres tú, Bronsky? ¿Dónde diablos estabas? No te pago para dormir, sino para que cuides de todos estos muchachos.

—El gimnasio va bien, señor Donatto —intentó puntualizar uno de los jóvenes.

El elegante promotor se encaró con él al objetar, su regordete índice alzado, agitado ante su propia nariz:

—No tanto, *bambino*, no tanto. ¿Sabes tú lo que cuesta mantener todo esto? Este viejo polaco no hace más que subirse cada año el sueldo. Y luego están los aparatos y todo eso.

—Cuando quiera presento mi dimisión —rezongó el veterano entrenador.

—No hace falta, Bronsky, pero de aquí deberían salir mejores luchadores y boxeadores.

—¿Aún no tiene bastantes?

—No, Bronsky, no: sabes que tengo un circuito muy amplio y nutrido, que se extiende por todo el país. Es preciso, de vez en cuando, dar oportunidad a los que empiezan. Al público le gusta ver caras nuevas, formas nuevas de luchar, de realizar las llaves y todo eso…

—¿A cuántos va a llevarse esta vez?

—Veamos… Veamos… Angelo, por favor, ven aquí.

—Diga, señor Donatto.

—¿Ya apuntaste a ese negro?

—Me llamo Bruymaker —intentó puntualizar el hombre de color.

—Pues olvídate de eso, amigo. Desde ahora, siempre te anunciaremos en las veladas como «Sangre Negra».

—Si lo prefiere así, señor...

—Lo prefiero y te lo exigiré en el contrato.

El hombre de color bajó la vista y no volvió a despegar los labios. Debió reflexionar que allí había la suficiente «carne» negra y blanca, como para que él perdiese su oportunidad. Y siguió en silencio cuando el «patrón» añadió:

—Y además, colgarás los guantes.

—¡Soy boxeador, señor Donatto!

—Olvidado: desde ahora, luchador de libre americana. ¿Te hace?

—Pero yo...

—No te preocupes: aprenderás muy pronto y con todo ese cuerpazo te aseguro que causarás sensación.

Dio el asunto por terminado y nuevamente solicitó:

—A ver, Angelo, apunta a ese, a ese otro y también al rubito.

El joven rubio elegido se atrevió a alzar una de sus manazas al solicitar:

—Perdón, señor Donatto, pero...

—Vamos, sigue. ¡No me hagas perder tiempo!

—Quiero decir que... Yo... pienso... ¿Cuánto me dará por combate?

Las manos regordetas de Rossi Donatto mostraron todos los brillantes que lucían sus dedos, al juntarlas y alzarlas en oración, cuando exclamaba mirando al techo:

—¡Ay, Señor, Señor! ¡Siempre el dinero! ¡El dinero! ¿Pero es que no sabéis hablar de otra cosa, so borregos?

—Yo, señor... nosotros...

—¿Pero es que no significa nada que papá Donatto se acuerde de vosotros y venga a veros? Aquí me tenéis: he tenido que soportar un vuelo de más de seis horas para llegar a Chicago. Lo he dejado todo, para ver lo que podía aprovechar de aquí y ahora me viene con lo que va a ganar por pelea...

—Creo que eso es importante y...

—¿Y el lanzamiento que te voy a dar, qué? ¡Te van a conocer y aplaudir en todo el país! ¿Desde cuándo papá Donatto hace las cosas mal, hijos míos? Aquí Angelo trae los contratos y no tenéis más que firmar. ¡El cielo se abre para vosotros, desgraciados! Buenos hoteles, excelente comida, viajes en avión en clase turística… ¿Qué más podéis pedir?

El joven rubio de desarrollados músculos decidió insistir.

—¡Dinero!

Los ojillos brillantes y vivaces de Rossi Donatto se achicaron más, al clavarlos como dardos en las pupilas del joven rubio. El silencio se hizo palpable, hasta que la misma voz algo chillona sentenció:

—¡A ese bórrale, Angelo!

—¡Oh, no, señor! Yo…

—No se hable más, jovencito. ¡No quiero problemas!

Observando la desilusión del joven, el veterano entrenador quiso animarle:

—No te preocupes, Joy: te conseguiré algunos combates aquí.

—En el «Chicago-Palace» no —se apresuró a puntualizar Rossi Donatto—. Ese local es de unos amigos míos y yo…

—Se dan otras veladas de lucha libre en esta ciudad, señor Donatto.

—¡Cierto, Bronsky! Aún ocurre así… ¡Pero no por mucho tiempo!

—¿Va a quedarse también su empresa con esos locales?

—Verás, querido Bronsky… Cuando viajo no me gusta perder mi tiempo. Así es que, nada más llegar a Chicago, he presentado una petición al Ayuntamiento. ¿Y no sabes que unos buenos amigos míos, lo son también del señor alcalde?

—Terminará quedándose con todo.

—¿Te disgusta, Bronsky?

El viejo entrenador pareció dudar. Miró hacia el fondo y tras la cristalera de la oficina vio a su hija Nadia que les observaba desde allí. Algo debió adivinar en aquellos ojos tan queridos para él, porque en la mirada de la joven encontró el valor para manifestar:

—¡Sil ¡Me molesta! ¡Me irrita mucho, gorda araña! ¡Tú y otros bribones más domináis todo este mundillo, pero algún día se os terminará! ¡Ya estoy harto de vuestros «negocios» y vuestras

trampas! ¡De vuestros tongos y fabulosas ganancias! ¡Sois como buitres ansiosos de carne, a la que explotáis para... ay!

El brutal Angelo se había movido con celeridad. Le bastó alzar uno de sus puños y golpear con fuerte saña la nuca del viejo entrenador León Bronsky, para verle caer desplomado sobre el suelo de cemento.

Nadie protestó allí ni se movió. Y por si alguien se atrevía a hacerlo la voz algo aflautada de Rossi Donatto pareció retar, indicando al joven rubio de antes:

—Tú, rubito... ¡Llévatelo de aquí! Y cuando despierte... ¡Le dices a ese sucio polaco que está despedido!

El joven atleta pareció vacilar un instante, hasta que nuevamente le gritó:

—¡Y ahora mismo! ¿O es que eres tan «pegote» que no puedes con el cuerpo de un viejo decrépito?

El joven se inclinó, tomó con suma facilidad el peso de aquel cuerpo y caminó con él hacia el fondo.

Atrás quedaba la voz de tiple de Rossi Donatto, al parecer en charla amistosa con todos los otros.

Concretamente seguía animando a los «afortunados» elegidos:

—Vais a viajar, a conocer mucho mundo. ¡Muchas bellas ciudades! ¡Y mujeres también! ¿Por qué no? Habrá tiempo para todo. Pero eso sí, *bambinos*... ¡Tendréis que cumplirme como bravos en el *ring*! ¡Quiero buenas peleas! ¡Vistosas luchas! ¡El mundo pronto será vuestro!

Todos escuchaban como embelesados.

Que el egoísmo humano, el particular, casi siempre se hace patente.

CAPÍTULO IV

Cuando Jim Warron salió del gimnasio, lo hizo malhumorado con el viejo amigo y su hija Nadia, que prácticamente le había enviado al mismo infierno.

Lo había dicho ella: desde ahora, ni una sola mano la podría tocar.

Bien: el mundo estaba lleno de mujeres.

¡Y de mujeres elegantes y bonitas, además!

Como aquella misma que, cómodamente sentada en la parte posterior del soberbio «Sedán» descapotable color rojo, no dejaba de mirarle con una picarona sonrisa en sus labios de Mona Lisa.

Desde antes de cumplir los veinte años, Jim Warron era consciente de que las mujeres admiraban su desarrollado cuerpo de atleta. Sus rebeldes cabellos rubios, la frente ancha y despejada, sus ojos verdes de mirar profundo y el enérgico mentón con un gracioso hoyuelo en el centro que le costaba mucho afeitar bien, estaban en consonancia con sus anchos hombros, sus largos y vigorosos brazos marcadamente musculados, sostenido todo por una cintura estrecha y apoyado en largas piernas de andar elástico y desenvuelto, sobre unos pies enormemente grandes, como sus manos.

Los años pasados en el «Gimnasio Bronsky» le habían terminado de moldear.

Desde que dejó los muelles, al poco de morir sus padres en un accidente automovilístico, Jim Warron encontró consuelo a su soledad en la charla, la compañía y los consejos de León Bronsky, que le había ofrecido con su natural llaneza:

—Ven al gimnasio, chico: te cuidarás de limpiar y arreglar aquello y así te ganarás el pan. ¡No puedo ofrecerte más!

El joven había aceptado porque aquel rudo emigrante polaco había añadido:

—Yo también estoy solo, ¿sabes? Mi única hija estudia en Springfield. Mutuamente nos haremos compañía, si tú quieres, claro...

Jim Warron había querido: aquel hombre, aunque con más años, en cierta manera se parecía mucho a su padre. Era trabajador, honrado en todas sus cosas y manifestaciones a carta cabal; cierto que gruñía a veces, pero rápidamente se le pasaban los enfados y sabía reír como un niño grande.

León Bronsky bromeaba con mucha frecuencia y aún hablaba más de su lejano y amado país. Le contaba cosas muy divertidas, estupendas. Jim Warron llegó a pensar que la vida era muy distinta en la vieja Europa.

—Allí no se gana tanto, muchacho. Al que no tiene dinero, le cuesta muchos sacrificios vivir, ir tirando. Pero no sé… hay como «algo» en la gente que lo humaniza todo, lo hace más alegre, más llevadero…

—¿Por qué se vino a los Estados Unidos, señor Bronsky?

—Llámame León, chico. ¡Me gusta más!

—No ha contestado a mi pregunta, León.

—Verás, Jim. En Polonia han ocurrido muchas cosas. ¡Muchas tragedias! Y renunciar a la libertad es como renunciar a la condición de hombre, a los derechos de la Humanidad… Es renunciar, incluso, a los propios deberes.

Sí, León Bronsky era todo un hombre, de pies a cabeza.

Más tarde, cuando Nadia terminó sus estudios y regresó con su padre, él tuvo que trasladar la cama a un rincón del vestuario del gimnasio, porque la vivienda resultaba pequeña. Pronto simpatizó también con la bonita muchacha, que volvía a su ciudad con su diploma de decoradora bajo el brazo.

Nadia había nacido en los Estados Unidos: concretamente en Chicago, como él. La pérdida de su madre le había unido mucho a su padre y los tres llegaron a entenderse perfectamente.

Más que eso: armoniosa y alegremente.

Al respecto el viejo León Bronsky también solía aconsejarles:

—Reíd, muchachos, reíd. No olvidéis que el día más irremediablemente perdido es aquel en que no nos hemos reído.

Pero un día, los dos jóvenes se pusieron serios sin saber por qué. Ambos tardaron en descubrir que se habían enamorado: comprendieron que ya no se podían seguir tratando con la familiaridad de antes.

Ahora, ya eran un hombre y una mujer…

Pero pronto vencieron el momentáneo obstáculo. También en esto les ayudó mucho el viejo Bronsky: una noche, después de cenar los tres, antes que Jim se retirase a su rincón, «casualmente» se puso a leer un libro de Víctor Hugo. Y cuando llegó a cierto pasaje lo recalcó así:

—«En materia de amar, todo es verdad y todo puede ser falso. Es la única cosa acerca de la cual no puede decirse un absurdo. Quizá porque el Amor es el intercambio de dos fantasías y el contacto de dos egoísmos. Y si es verdad que el amor tiene niñerías, las demás pasiones suelen tener pequeñeces. ¡Infamia caiga sobre las pasiones que hacen pequeño al hombre! ¡Gloria al que le hacen niño!»

Los dos jóvenes se habían quedado mirándose a los ojos durante mucho rato. Hasta que, en un arranque de valor, Jim Warron había dicho al padre de la muchacha:

—León… Si tú me lo permites, algún día te pediré la mano de tu hija.

Nadia se había ruborizado hasta la raíz de sus cabellos rubios, levantándose con precipitación para salir del comedor corriendo hacia su alcoba. Su padre había sonreído como solo él sabía hacerlo y había rematado la noche manifestando:

—No te preocupes, Jim. ¡Ella lo sabía!

—¿Có… cómo, viejo? Nunca… Nunca me he atrevido a decirle nada a ella y…

—Eres muy joven aún, muchacho. Pero debes saber que una mujer llega a la convicción de que es amada, más por lo que adivina que por lo que le dicen…

Y el tiempo había seguido deslizándose alegre y felizmente, pese a su sencillez de vida y aun pobreza.

Jim Warron solo tenía un complejo: él no había podido estudiar más que en la universidad de la vida: no tenía estudios completos, como su prometida Nadia.

Como siempre, el viejo y sabio León Bronsky había sabido comprenderle: por eso le dijo un día que estaban limpiando el gimnasio:

—No te preocupes, Jim. Pero escucha bien lo que voy a decirte: ¿hay algo más necio que no estudiar y aprender, por no haber estudiado y aprendido antes? El estudio es una escuela que admite a los hombres de cualquier edad. Mientras uno es ignorante…

¡Siempre hay tiempo de aprender!

—¿Tú crees, viejo?

—¡Por supuesto, muchacho! La lectura es de gran utilidad, cuando se medita lo que se lee. Yo te puedo asegurar, que todo lo poco que sé lo aprendí en los libros. ¡Tampoco fui a ninguna universidad, Jim!

—Pero tú tienes muchos años, amigo.

—Tú lee y estudia así que tengas un rato libre, chico. Y no olvides que mediante la lectura nos hacemos contemporáneos de todos los hombres y ciudadanos de todo el mundo.

Materialmente empezó a devorar todo libro que caía en sus manos. Y ello hasta que León Bronsky volvió a intervenir, al advertirle:

—Un cuerpo mal cuidado, débil, termina debilitando el espíritu, Jim. ¡Deberías hacer más gimnasia, chico!

También se dedicó a ello con gran ardor. Allí lo tenía todo a mano y eran muchos los jóvenes que acudían para someterse a las disciplinas del experimentado León Bronsky.

Su cuerpo se lo agradeció: se hizo fuerte, resistente, alto, ancho, hermoso. Incluso una tarde le dijo la enamorada Nadia, mientras hojeaba una revista de su padre de cultura física:

—¿Por qué no te presentas al concurso, Jim?

—¿A qué concurso te refieres, Nadia?

—¡Al de míster Universo, hombre!

—¡Qué tontería, nenita!

No era ninguna tontería.

El mismo León Bronsky le tomó medidas y con gran alegría los tres comprobaron que las del atlético Jim Warron no distaban mucho del concursante que ya se presentaba con el título de Míster Europa.

Incluso había otros aspirantes menos altos, recios y musculados que él. La armoniosidad de todo el cuerpo contaba mucho y como experto en la materia el viejo entrenador opinó:

—Algunas sesiones de ciertos movimientos gimnásticos, y estarás a punto, Jim. ¿Qué decides, muchacho?

—No sé, viejo. Eso de presentarme a un concurso de belleza, aunque sea masculina... ¡Me da un poco de vergüenza!

—¡Bobadas, muchacho! La belleza del cuerpo, muchas veces, es

el indicio de la belleza del alma.

—¡Ya soltaste una de las tuyas. León!

No se presentó.

Pero como debía dedicarse a algo determinado en la vida, todo aquello le llevó a decidir a Jim Warron:

—¡Seré luchador! La libre americana me gusta. ¡Me gusta mucho, viejo!

No se habló más: no se discutió la decisión, excepto cuando la joven Nadia objetó:

—¿Vas a ganarte la vida dando golpes, Jim?

—¡Y recibiéndolos, nenita!

Llevado por su profesión, León Bronsky había aprobado:

—Si Jim sale de los buenos, si no se nos tuerce y se mete en tongos y enredos... ¡Será todo un campeón y ganará dinero, hija!

Desde las primeras peleas le sonrió el éxito. No había ninguna duda que Jim Warron era un superdotado, que además tenía espíritu de sacrificio y sabía aguantar cuando el rival se lo ponía duro, difícil. Poseía una extraña cualidad, que no se da con mucha frecuencia: era todo un peso pesado, pero con agilidad de movimientos, con la suficiente destreza y velocidad para zafarse de las llaves y, a su vez, aplicar una de las suyas.

Tenía un golpe de antebrazo terrible, una tenaza de piernas veloz y contundente y cuando lograba aplicar la «doble Nelson», pasando los brazos bajo los sobacos del contrincante y aferrándose las manos tras la nuca de él, nadie se le podía soltar.

A partir de aquí, la puesta de espaldas para que contase sobre la lona el árbitro, le resultaba fácil.

En una palabra: Jim Warron hacia lo que le gustaba, para lo que se podía decir había nacido.

Pero ahora había discutido con el viejo León Bronsky, su hija Nadia prácticamente le había despedido y...

Jim Warron no sabía qué hacer.

Mientras tanto, aquella elegante y descarada damisela sentada en el lujoso «Sedán» descapotable pintado de rojo, no dejaba de comérselo con sus ojos.

¡Hasta le estaba guiñando un ojo!

¡Vaya una fresca...!

CAPÍTULO V

Jim Warron se acercó a la vampiresa del coche, y con los brazos puestos en jarras bromeó:

—¿Se le ha metido una de sus pestañas postizas en el ojo, guapa?

Iliana Luketi no se ofendió. Más bien entornó los ojos como una gata en celo y con visible satisfacción se puso a contemplar al hermoso ejemplar masculino.

Ella entendía mucho de estas cosas.

No solo era joven y atractivo, sino que aquel niqui tan ajustado a su ancho y velludo tórax y aquellos pantalones tejanos, le sentaban muy bien. También calzaba deportivamente y tenía la pinta de un gran perrazo perdido, que no sabía hacia dónde tirar.

A la elegante y costosa amiga de Rossi Donatto se le antojó indicar:

—¿Me puedes hacer un favor, buen mozo?

—Especifique, señora. ¿Qué clase de favor?

Iliana Luketi sonrió, mostrando sus blancos y simétricos dientes nacarinos. Acostumbrados al mohín, sus labios sensuales se movieron al informar:

—El estúpido de mi chófer se ha puesto malo. ¡Ha tenido que correr a que su mujercita le atienda!

—Y claro, señora... Usted necesita un hombre. Un hombre que se agarre a ese volante, ¿no?

—¡Has acertado! No sé conducir.

—No me gusta hacer de chófer.

—¿Te animan cien dólares?

Jim Warron abrió ojos como platos. Por esa cantidad él se sentía capaz de cargar con el «Sedán» a sus espaldas y llevarlo hasta China.

Con la sugestiva damisela dentro, por supuesto.

—¿Y dónde tendría que llevarla, señora?

—¡Oh! Soy muy liberal: siempre dejo elegir al que conduce.

—¿Qué tal a un hotel?

—¡Buena idea! Pero que no sea de mucho lujo.

—Señora, por las trazas y lo que pide, parece que está usted empachada de lujo, ¿verdad?

—¡No lo sabes bien, amigo! En estos momentos, daría un millón por ser una camarera corriente.

Sin necesidad de abrir la portezuela delantera, dada la longitud de sus piernas, Jim Warron pronto quedó ante el volante y se puso a conducir mientras decía:

—A ver si damos con ese hotel que le guste.

—¡Conduces muy bien!

—¿Me cree si le digo que soy piloto de Fórmula Uno?

—No. Más bien diría que eres boxeador.

—¿Porque me vio salir de ese gimnasio?

—¡Porque me encantan los boxeadores!

—¿Y no se conforma con un luchador de libre americana?

Otro gracioso mohín en los labios femeninos, al aceptar, resignada, la pobre:

—Me conformaré.

—Yo también. ¡No soy muy exigente!

Esta vez, Iliana Luketi sí que se ofendió, exclamando al echarse hacia adelante:

—¡Oye, guapo! ¡No soy ningún adefesio!

—Fea no... ¡Pero fresca sí!

—¡Para, para! Creo que me he equivocado contigo.

—Tranquila, princesa. No se le puede poner un terrón de azúcar en los belfos a un caballo, para luego no dárselo.

—Frena y baja. ¡Conduciré yo!

—¿No dijo que no sabía?

—He aprendido ahora, mirándote a ti.

—Graciosa, ¿eh...? Propongo otra cosa.

—Tú dirás, pero frena.

—¿Qué tal si seguimos hasta Mayflair? Junto al lago hay sitios preciosos, donde se puede comer y beber algo. ¡A ver si nos animamos más!

—Me parece que tú ya estás bastante animado.

—No hay para menos, encanto. ¡Desde aquí te huelo!

—Es perfume de París.

—No sé de dónde es, pero huele a gloria pura.

—Tú a sudor.

—No he tenido tiempo de ducharme.

—¡Da la vuelta! Seguro que no tienes ni para convidarme a un helado.

—¡Cierto! ¿Pero qué hay de esos cien pavos?

—¡Vaya fresco! ¿Piensas convidarme con mi propio dinero?

—Voy haciendo de chófer, ¿no, ricura?

Iliana Luketi volvió a sosegarse y hasta sonrió al aceptar:

—¡De acuerdo! Hace tiempo que no me divierto un poco.

—¿Por qué no te pasas aquí?

—¿Saltar sobre el asiento? Se me subirían las faldas y...

—Será como un adelanto —atajó él.

—Decididamente, eres un cara.

—Sin piropos, guapa. ¿Pasas o no pasas?

—¡Paso! —volvió a aceptar la mujer.

Jim Warron torció un poco el cuello y contempló a placer el sugestivo panorama. Inesperadamente se puso a decir:

—Las dos columnas básicas de la Vida, son las piernas de las mujeres. ¡Y el centro es el eje donde crepita la vida misma!

—Más que poético... ¡Marrano!

—No es mío: lo suele decir un amigo.

—¿Luchador también?

—Sí, mi círculo es estrecho. Solo me trato con esos animales.

—¡Lástima!

—Excepto ahora, que voy al lado de un hada-princesa que huele muy bien.

—¿Tienes novia?

—¡Tenía! —recalcó el joven.

—Bien: el pretérito no existe.

—Los que viven para el futuro, siempre aparecen como egoístas a los que viven para el pasado.

—¿Y los que viven para el presente?

—Esos son unos frescos, como tú y yo, reina.

—¡Ay! No me llames así.

—¿Te molesta lo de reina?

—Me recuerda algo desagradable.

—¿A «algo» o a «alguien»?

—Dejémoslo en tablas.

Ya corrían por la carretera bordeando el lago Michigan, cuando la mano de ella indicó con viveza:

—¡Mira! Es un sitio precioso, con mesas y todo sobre el césped.

—Y además tiene un cartel.

—¿Qué cartel? —quiso saber ella.

—Aquel de allí, cegata.

Iliana Luketi miró y efectivamente, pudo leer.

El cartel anunciaba: MOTEL…

* * *

Embutido en su bata de seda, paseando por la lujosa habitación del hotel sin dejar de mordisquear uno de sus largos habanos, el colérico Rossi Donatto preguntó:

—¿Y por qué demonios tengo que contratar a ese Jim Warron? ¡A mis luchadores los elijo yo!

—Solo por una vez, Rossi.

—Dame una razón para que lo haga.

—Parece un buen chico y además… Bueno: me dijo que pelea muy pocas veces aquí, en Chicago.

Rossi Donatto dejó sus paseos, se plantó ante la mujer que tendida sobre el lecho le miraba con cara lánguida, y tras arrojar el cigarro con rabia indagó:

—¿Y si hago que Angelo le contrate, te dejará de doler la cabeza?

Iliana Luketi hizo uno de sus mohines irresistibles y musitó quedamente, como si maullase:

—Creo… creo que sí, Rossi.

—¡Está bien! Mañana hablaré con Angelo.

—Puedes hacerlo ahora.

—¿A estas horas? ¡Son ya las doce, Iliana!

—Eso es igual: Angelo siempre está ahí, al otro lado de la puerta.

—Es su obligación. ¡Para eso le pago!

—Dile que contrate a ese muchacho, *mio amore*…

—¡Vaya lata, reina! ¿Es que te has enamorado de ese chico?

—¡Oh, qué cosas dices, Rossi! Sabes que en mi vida no hay más

hombre que tú.

—¿Ah, sí, reina? ¿Y qué me dices de Tino? ¿Y de Santoni Dullio? ¿Y de Ben Lancaster? ¿Y de aquel tal Hugh? ¿Y de...?

—A ellos los conocí antes que a ti, cariño.

—¡De acuerdo! Hemos quedado en que jamás te reprocharé tu pasado. Yo no había entrado en tu vida y eso no cuenta. ¿Pero qué me dices del presente?

—No... No te entiendo, Rossi.

—Cuando salí del gimnasio, no estabas allí. ¡Habías volado con el coche!

—Tardaste mucho, me aburría y... ¡Fui a comprarme un modelito!

—¿Más vestidos?

—¡Te gustará!

—¿Dónde está? ¡Quiero verlo ahora!

—¡Uf! Imposible... ¡Aún está en la modista! Tienen que ajustarle un poco, para que mis caderas...

—¡No me hables de tus caderas ahora! ¿Dónde estuviste de verdad?

—Te lo he dicho, mi vida. ¡Comprándome un vestido!

—¿Y dónde conociste a ese tal Jim Warron?

—¡Huy! Eso fue antes; cuando te esperaba sentada en el coche frente al gimnasio.

—¿Quién te lo presentó? Angelo y Tiberio estaban conmigo.

—¿Presentármelo? —indagó algo desarbolada la mujer—. Pero Rossi... ¿Desde cuándo somos tan finos que nos tienen que presentar a las personas?

—Estás ganando tiempo, Iliana. ¡Te conozco muy bien!

—¿Y miiiii...? —arrastró mucho la «I».

—Te lo repito: ¿dónde conociste a ese Jim Warron? ¡Por última vez, Iliana!

—Pues, él salía... me refiero del gimnasio... le... le pregunté si seguías dentro... ¡Y empezamos a hablar!

—¿Y es cuando te dijo que deseaba que yo le contratase?

—¡Eso, amor! ¡Así fue! Me lo rogó, me lo suplicó... ¡Y me dio tanta lástima, el pobre!

—¿Cómo es? ¿Joven? ¿Guapo? ¿Muy fuerte y atractivo?

—¡Oh, no, qué va, cariño! ¡Es muy feo y bajo y...!

—¡Pues no me sirve!
—¡Ay, ay, ay!
—¿Qué diablos te pasa ahora?
—¡Uf! No sabes cómo vuelve a dolerme la cabeza.
—¡*Porca miseria*! Siempre te duele la cabeza cuando quiero estar contigo.
—Es que si me gritas así... ¡Soy tan frágil!
Cerrando los puños para no mordérselos, pugnando por contenerse, Rossi Donatto terminó farfullando:
—Yo te diría lo que tú eres, reinita... Pero no quiero seguir discutiendo y haré lo que pides.
Dio media vuelta, cruzó la habitación y tras abrir un poco la puerta gruñó, más que dijo:
—¡Angelo!
La voz del guardaespaldas sonó en el pasillo:
—Diga, patrón.
—¿Dormías, bribón?
—¿Quién, yo...? ¡Oh, no, patrón! ¡Nada de dormir, jefe!
—Bien, bien... Escucha esto: mañana vuelves al gimnasio y contratas a un tal Jim Warron.
—¿Quién es, patrón?
—¡No lo sé!
—¿Entonces...?
—¡No seas cretino, Angelo! ¡Preguntas! ¡Indagas! Le localizas donde sea. ¡Pero que mañana Iliana vea que te ha firmado un contrato!
—Usted manda, patrón. ¡Localizaré a ese tipo!
—No te olvides del nombre: Jim Warron.
—Me lo apunto ahora, patrón.
—Otra cosa, Angelo.
—Diga, patrón.
—Mañana tú vuelas con nosotros para Nueva York.
—Lo sé, patrón.
—Pero le dices a Tiberio que lleve a todos esos borregos a San Francisco. Una vez allí, Mazzola sabrá lo que tiene que hacer con ellos, hasta que yo llegue.
—Se lo diré así, patrón.
—Y ahora, nada de molestarme. Voy a retozar un poco con esa

linda *ragazza*... ¡Y no te duermas!

—¿Yoooo...? ¿Dormirme yo, patrón?

La puerta se cerró con brusquedad y el alto y macizo Angelo quedó en el alfombrado pasillo. Encendió un cigarrillo y dio un par de vueltas: pero a medio de la tercera fijó su mirada en un cómodo sillón de cuero, luego llevó las pupilas hacia la puerta, silenciosa pero expresivamente hizo con los brazos un soberbio corte de mangas, muy al estilo italiano, se sentó y al poco ya estaba nuevamente dormido.

Hasta se puso a roncar.

Al oírle, un botones que pasó por el pasillo camino del ascensor, se puso a hacer con la lengua:

—¡Clic, clic, clic!

Ni por esas: Angelo siguió roncando.

CAPÍTULO VI

Prácticamente el vuelo fue directo, salvo las dos escalas técnicas obligadas para repostar carburante, que la compañía aérea tenía asignadas en el aeropuerto de Denver y en el de Reno, donde algunos pasajeros descendieron, camino de Las Vegas.

Cuando por fin llegaron a San Francisco se vieron libres de la tutela de Tiberio Loy, un tipo que indiscutiblemente estaba negado del todo para las relaciones públicas: durante todo el largo vuelo no había dejado de sermonearles y dirigirles, como si en vez de ser ocho hombres contratados para ejercer su profesión sobre un *ring*, todos ellos fueran simples borregos.

Roberto Mazzola resultó otra cosa muy distinta. Al menos, aparentemente y tanto por sus modales como por sus maneras y forma de tratarles, les dio la impresión de que se trataba de «todo un caballero».

—Vamos al hotel, y una vez se duchen y descansen, podrán hacer lo que ustedes quieran hasta mañana a las once: a esa hora, les quiero a todos en mi despacho. Allí lo revisaremos todo como buenos amigos y fijaremos las fechas de sus combates, tanto para esta ciudad, como para Los Ángeles y San Diego.

Su amabilidad llegó hasta el extremo de preguntar, siempre con afable sonrisa:

—¿Cómo andan de pasta, amigos?

El silencio general, las miradas y las sonrisitas fueron más que elocuentes en los ocho hércules contratados, prácticamente obligando a aquel nuevo promotor de lucha libre a sacar una billetera de piel de cocodrilo y ofrecer, iniciando el reparto:

—Ahí va un adelanto, señores... ¿Valen quinientos para cada uno?

Ni Jim Warron, ni el negrazo Bruymaker, ni ninguno de los otros seis, jamás habían visto tanto dinero junto en sus vidas. Las sonrisas se ampliaron y Roberto Mazzola creyó conveniente puntualizar:

—Desde luego, el hotel y la alimentación lo tienen ustedes

asegurado. Así como los desplazamientos a Los Ángeles, San Diego y las ciudades donde tengan ustedes los combates. Les repito que todo eso mañana lo concretaremos mejor.

—Perdón, señor Mazzola, yo…

—Diga usted, joven. ¿Se llama?

—Jim… Yo soy Jim Warron.

—¡Ah, sil Aquí veo su contrato. El amigo Tiberio me lo acaba de entregar.

Y al instante, sin perder su amable sonrisa:

—Dígame, dígame, amigo Jim. ¿Qué le escuece?

—Yo… todos nosotros nos gustaría concretar lo del dinero por combate realizado y…

Interponiéndose entre los dos, con su brutalidad y poco tacto habitual en él, el rechoncho Tiberio Loy se puso a advertir:

—Ya te he dicho mil veces que eso lo concretará el señor Donatto… ¡En persona!

—Es que, toda esa letra menuda del contrato no está muy clara, con eso de los porcentajes sobre taquilla y demás.

—¿Estás sordo, condenado? ¡Te repito que el señor Donatto lo aclarará!

—Me cansa usted, Tiberio. Y le advierto que si vuelve a hablarme en ese tono…

—¡Calma, amigos, tranquilidad! No demos un espectáculo aquí, por favor —se interpuso el conciliador Mazzola—. Todos a los coches y al hotel: necesitan un buen descanso.

El negro Bruymaker intervino a su vez:

—Pídale calma a su amigo Tiberio, señor Mazzola. ¡Ha venido todo el viaje fastidiándonos!

—¿Yo fastidiándoles, negrazo?

—¡Vamos, vamos, Tiberio! Modera tu lenguaje. Bruymaker es uno más entre nosotros y para nada tiene que ver aquí el color de su piel. Estoy seguro que haremos un famoso campeón de él y…

—¡Apesta! —reprochó el malcarado Tiberio.

—Pues sube al otro coche con los demás muchachos y todos en paz, por favor.

El hombre de color le miró fijamente y cerró sus poderosos puños. Pero nuevamente se encontró con el conciliador Roberto Mazzola, que no obstante indicó muy serio:

—Nada de golpes. ¡Eso lo deja usted para el *ring*!

Y al instante y con más firmeza:

—¿Estamos? ¿Lo han entendido todos?

No hubo más incidentes.

* * *

Dos semanas después, tanto Jim Warron como los otros siete luchadores contratados en el lejano Chicago, sabían del clamor del público de San Francisco, de Los Ángeles, de San Diego y de un par de ciudades más de la vital California.

Allí gustaba la lucha libre americana. Tenía muchos seguidores y muy malo tenía que ser el cartel, para que en la mayoría de las veladas no se tuviese que poner un cartel ante las taquillas, que hacía las delicias de los organizadores.

NO HAY BILLETES.

Todo seguía como la seda y el afable y sonriente Roberto Mazzola siempre andaba al quite, para que las relaciones de unos con otros no pasaran más allá de meras opiniones o simples discusiones. También seguía con los oportunos «adelantos» y la excusa de cada semana en los labios:

—Cuando venga de Nueva York el señor Donatto, todo se saldará, amigos. ¡Les doy mi palabra!

Bien mirado, ¿qué más podían pedir? Todos ellos habían salido de la escala más baja y ahora gozaban de popularidad, la gente les aplaudía, vivían en buenos hoteles, vestían bien, gozaban de libertad de movimientos y, todo ello, con solo subir al *ring* dos o tres veces por semana y sostener un combate que, muchas veces, apenas duraba los veinte minutos.

La obligación de ir al gimnasio a entrenar, con eso de hoy estar en una ciudad y mañana en otra, era relativa. En realidad nadie imponía tal cosa y quedaba al criterio del propio interesado entrenarse o no. El circuito que regentaba el amable Roberto Mazzola solo exigía realmente una cosa: subir al *ring* y quedar bien.

Dar espectáculo, como habría dicho el mismo Rossi Donatto.

Ninguno de los ocho últimos contratados había perdido ni un solo combate. ¿Los ganaban realmente, o bien ya estaba programado que ocurriese así? Nadie lo sabía concretamente, pero

era costumbre de la «casa» que al principio sucediera tal cosa: tenían que ganar cartel, hacerse famosos, invencibles, siempre triunfantes. Eso animaba mucho a la gente y celebraba la aparición de nuevas «estrellas».

Luego, más tarde vendría la otra fase. Cuando entrasen en el circuito de Las Vegas, Miami o cualquier otro Estado, salvo los que indicase la «Organización» que debían seguir ganando combates para alcanzar el máximo estrellato, tendría que perder según las necesidades de programación.

Eso de la programación tampoco era cuestión de ellos. Se daba el caso de que muchas veces, mientras desayunaban en el hotel, se acercaba uno de ellos y anunciaba al compañero:

—¡Hola, Bruymaker…! ¿Sabes que mañana tú y yo peleamos en Jacksonville?

—Ni idea, chico. ¡No me han dicho nada!

—Pues míralo aquí. Está anunciado. Y Jim Warron contra «Veneno».

—¡A ver, a ver! Déjame ese programa.

—Mala suerte, Jim. Ese «Veneno» es un guarro. ¡Tira de los pelos y muerde! A mí, una vez que peleé contra él en Palm Beach me…

—No te preocupes, Bruymaker. ¡Le haré besar la lona!

Ocurrió así y tras un fenomenal y reñido combate Jim Warron puso de espaldas contra la lona al furioso y colérico «Veneno», pero luego tuvo sus problemas.

El público se divirtió mucho, aplaudió con ganas, se levantó de los asientos, se enardeció hasta arrojar cosas al *ring* y la prensa local al día siguiente se hizo eco de aquel «memorable combate entre dos auténticos colosos»; pero ya fuera del *ring*, a puerta cerrada, Jim Warron tuvo que librar «otro combate».

Todo empezó de la siguiente manera: Ya con la bata puesta, minutos antes de subir al *ring* aquella noche, el rechoncho y antipático Tiberio Loy entró en el camerino y palmeó:

—¡Ea, todos fuera, muchachos!

Jim Warron y aquel matasiete quedaron solos y fue cuando le anunció, tras retirar su purazo de los dientes:

—Esta noche le toca a «Veneno».

El joven luchador se hizo el desentendido y quiso concretar:

—¿Qué es lo que le toca?

—¡Ganar! —vomitó al instante Tiberio, como el que escupe.

—¡Ah, no, amigo! Eso lo veremos allá arriba, en el *ring*.

Tiberio Loy se acercó más y siguió bramando:

—¡Yo no soy tu amigo! Nunca me caíste bien, Jim.

—Lo siento, pero estamos a mano.

—Yo no lo siento, chico. ¡Me gusta que me caigas fatal!

—Allá usted, Tiberio. Si disfruta con eso…

—Algún día le diré al señor Donatto algunas cosillas que sé de ti.

—¿Por ejemplo?

No hubo forma de sacarle nada. Simplemente volvió a gruñir y ya desde la puerta repitió:

—Ya lo sabes, chico. ¡Hoy gana «Veneno»!

—¡Un momento!

—¿Qué mosca te pica ahora?

—Solo quería darle… ¡Esto!

El directo fue de campeonato. Aquel tremendo derechazo recibido en pleno mentón, llevó a Tiberio Loy al país de los sueños. La puerta estaba abierta y su cuerpo «aterrizó» entre el pasillo y el camerino. Jim Warron pasó sobre él, acudiendo a la llamada del chico que les avisaba que desde lejos le anunció:

—Te toca a ti, Jim.

—Voy ahora mismo.

—¡Eh! Un momento, Jim. ¿Qué le ha pasado al señor Loy?

—Se ha tropezado con la puerta: atiéndele, por favor.

—¡Ah, no, no, Jim! Yo no he visto nada. ¡Me voy a avisar a «Veneno»!

—¿Quieres hacerme un favor, chico?

—Desde luego, Jim.

—Dile a «Veneno» que pelee duro. ¡No voy a dejarle ganar!

Sí: aquel fue «un memorable combate entre dos auténticos colosos». Fueron veinte minutos de real y auténtica lucha libre americana. Desde el inicio de la pelea, en cuanto el árbitro se retiró indicándoles que podían empezar, «Veneno» le gruñó a su contrincante entre dientes:

—¿Qué le dijiste al chico, payaso? ¡Vas a pasarlo mal, niño guapo!

La respuesta de Jim Warron fue lanzarse sobre él. Pero lo hizo

dando un gran salto y flexionando sus largas piernas, para proyectar los dos pies contra el ancho tórax de aquel hércules.

Antes de levantarse, «Veneno» ya lo había hecho y a su vez se lanzaba sobre él como un tigre hambriento. Jim Warron tuvo que apoyarse en los codos, alzar las piernas e intentar una tijera sobre la cintura del rival.

Lo consiguió con una torsión de su cuerpo sobre la lona y nuevamente ambos rodaron sobre ella. Cuando se enzarzaron en un forcejeo bestial cuerpo a cuerpo, Jim Warron lo comprobó.

Era cierto. ¡«Veneno» mordía!

Logró zafarse de aquellas manazas de acero, con un rodillazo en el estómago, capaz de tumbar a una mula. Pero aquel titán lo encajó como una simple «caricia» y aferrándose a su brazo izquierdo le hizo rodar, y volar sobre sus hombros, para intentar patearle así que dio con él en la lona.

Veloz como el rayo, Jim Warron rotó sobre él mismo, para evitar que aquel enorme pie, como un martillo pilón, le aplastase el rostro. Pero no lo hizo sin aferrarse a la otra pierna del rival, tirando de ella con todas sus fuerzas.

El público ya estaba en pie y gritaba y aplaudía, según sus preferencias. De cualquier manera, una cosa estaba bien clara: allí, el «malo», el feo, era el luchador de más edad, el más malencarado y colérico.

«Veneno» frisaría entre los treinta y treinta y cinco años y siempre se afeitaba la cabeza, dejándola más brillante que una bola de billar. Él decía que así no le podían tirar de los pelos... ¡porque él lo solía hacer!

Era una auténtica mala bestia.

Babeaba durante los combates, su feo rostro se desencajaba, y aunque disfrutaba triturando a sus adversarios, lo cierto era que siempre parecía muy enfadado y colérico. En ciertas fases de la lucha, hasta rugía.

Durante el transcurso del segundo *round*, «Veneno» fue imponiendo su brutal ley. No daba reposo a su joven rival, acosándole y volteándole así que tenía ocasión. Dejaba caer todo su formidable peso sobre el otro, pero no conseguía ponerle de espaldas.

Jim Warron siempre se le escapaba, o hacía «puentes» apoyando

su cabeza y los pies en la lona. El atento árbitro no tenía tiempo a contar y la feroz lucha seguía con diversas alternativas.

Fue en el tercer *round* cuando la mayor agilidad y destreza de Jim Warron empezó a anular la posible ventaja de su contrario. A una llave seguía una contrallave y a esta otra más. Durante algunos minutos ambos dieron todo un recital de lo que debía ser un buen combate de lucha libre americana.

El público entendido lo agradeció con sus gritos, aplausos y ovaciones y aquel entusiasmo hasta llegó a contagiar a «Veneno», que dejó de emplear marrullerías.

Pero volvió a toda clase de artimañas hasta rozar la descalificación, cuando comprendió que el triunfo se le escapaba. Aquel jovencito Jim Warron estaba resultando demasiado para él. ¿Quién le había enseñado a pelear tan bien?

Cuando se vio atrapado con una «doble Nelson» de la que no fue capaz de librarse, se vio perdido. Jim Warron seguía y seguía pegado a su espalda, tras haber pasado sus brazos bajo sus sobacos y cruzar las manos tras de su nuca, haciéndole inclinar la cabeza cada vez más y más.

O se rendía… ¡O le partiría el espinazo!

«Veneno» aulló como si le estuvieran degollando. Aflojó sus piernas y hasta las levantó de la lona, para que todo su peso gravitase sobre los brazos del joven gladiador que le sujetaba. Pero Jim Warron supo equilibrar aquella carga echándose hacia atrás, pero sin soltar su presa.

Cuando le soltó, «Veneno» ya estaba sin resuello y le resultó fácil ponerle de espaldas: el árbitro pudo contar las tres palmadas reglamentarias sobre la lona, para al poco levantar el brazo del joven luchador y exclamar al público enardecido:

—¡Vencedor… JIM WARRON!

«Veneno» seguía tendido como ajeno a todo, intentando recuperar el compás de su agitada respiración.

Cuando al fin se levantó, el *ring* ya estaba lleno de entusiastas que felicitaban y palmeaban los hombros del feliz y satisfecho Jim Warron. «Veneno» intentó abrirse camino hacia el hombre que le había vencido, forcejeando y dando manotazos a diestro y siniestro, al tiempo de amenazar con morderle la nuez.

Pero no pudo cumplir su amenaza. ¡Le dolían todos los huesos!

Jim Warron caminó hacia el camerino para vestirse.

Allí encontró una nota garabateada con la mala letra de Tiberio Loy que escuetamente decía:

«¡Quedas despedido!».

Bajó la vista y allí, en el suelo, encontró los pedazos del contrato que Tiberio le hizo firmar en Chicago.

CAPÍTULO VII

No tuvo ganas de regresar al hotel. Presentía que iba a encontrar al grosero y brutal Tiberio Loy muy enfadado con él y no tenía ganas de volver a discutir con aquel pistolero.

No le perdonaría el puñetazo que le había propinado, ni mucho menos no haber acatado sus instrucciones: el mismo «Veneno» estaría echando las muelas.

Mientras caminaba bordeando la playa de Miami Beach, Jim Warron meditaba lo que tenía que hacer. Los trozos de su contrato roto iban en el fondo de uno de los bolsillos de su chaqueta: se había quedado sin trabajo.

Ahora tendría que volver a mendigar combates, de un sitio a otro. Hasta que lograse entrar en el circuito de cualquier otra «Organización», para asegurarse más o menos las peleas.

Se había quedado sin trabajo.

Bueno: ¿era realmente un trabajo, lo que ellos hacían?

Lo cierto era que él. Jim Warron, a los veinticinco años, no sabía hacer otra cosa.

Clavó la mirada en el mar, fijándose en el suave oleaje que lamía la dorada arena de la playa. Se sentó para seguir reflexionando, de espaldas a la ciudad. Miami Beach era una típica ciudad veraniega, repleta de turistas, la mayoría de ellos dispuestos a divertirse, a pasar unos días ocupando la hilera de grandes hoteles que se enfilaban a lo largo de su ancho paseo marítimo, solitario a tales horas.

Jim Warron no tuvo más que girar la cabeza, para ver sus anuncios luminosos: «El Flamingo», el «Florence Hotel», el gigantesco «Rancho Oliver», el «Palma Beach», etc., etc.

Pedir la liquidación a Tiberio Loy iba a ser otro problema. Como siempre, alegarla que «El Gran Donatto» arreglaría eso.

Jim Warron no estaba dispuesto a esperar. Sentía nostalgia de la bonita Nadia y le entraban ganas de volver a Chicago: posiblemente allí volvería a pelear, si el viejo León Bronsky le presentaba y le

introducía en ciertos ambientes.

Pero, ¿volvería a mirarle a la cara el viejo amigo, al que él había abandonado cuando le vio golpeado por los guardaespaldas de Rossi Donatto?

De pronto, el rumor de unos pasos sobre la blanda arena le hizo volver de nuevo la cabeza.

Se trataba de cuatro hombres que avanzaban hacia él desde el iluminado y ancho paseo marítimo, para entrar en las sombras de la solitaria playa.

Jim Warron se puso en pie, prácticamente de un salto.

Al observar que las cuatro sombras de los hombres que caminaban hacia él empezaban a abrirse en abanico, adivinó lo que se le venía encima: el despótico y rencoroso Tiberio Loy no había querido esperar más para vengarse.

¿Iban a matarle, para arrojar más tarde su machacado cadáver al mar? ¿O simplemente querían darle una dura y buena lección?

Indiscutiblemente, él no se quedaría quieto. ¡Les plantaría cara!

Rápidamente, sin perderles de vista, se despojó de la chaqueta y hasta de la camisa, tirando con velocidad de ella y desgarrándola. A fin de cuentas, él era un luchador y como tal debía comportarse.

Aunque aquel fuese un desigual combate.

La voz de uno de los individuos tronó en la noche, en la solitaria playa, que pocas horas más tarde estaría repleta de gente, tostando su piel al sol:

—¡Ahora vas a saber lo que es bueno, niño bonito!

Aquel tipo esgrimía una porra entre sus manos, que debió sacar de alguna parte.

Jim Warron no esperó a que le atacasen. Dio un gran salto y se lanzó contra el individuo de la porra, con ambas piernas por delante a la altura de su pecho. Los pies golpearon con precisión y contundencia, derribando sobre la arena al individuo.

Al instante, los otros tres matones se lanzaron sobre el joven al que venían a «domar». Jim Warron se vio cómo invadido de brazos y piernas, que intentaban sujetarle, para que uno de ellos descargase sus puños sobre su rostro.

No lo consiguieron: supo esquivar la primera embestida y, tras ladear velozmente el rostro, proyectó su cabeza contra el hombre que tenía frente a él, pese a que los otros dos le sujetaban por los

hombros.

Aquel individuo también rodó sobre la arena, al recibir un tremendo testarazo sobre su rostro, empezando a sangrar por los labios partidos y la dolorida nariz. Jim Warron aprovechó la inercia de su movimiento y siguió agachándose, doblándose por la cintura lo más posible, al tiempo de flexionar sus brazos, para desprenderse de la sujeción de los otros dos.

Prácticamente había dado una vuelta completa sobre sí mismo, apoyando la cabeza sobre la arena, pero consiguiendo que los dos matones también rodasen, saliendo despedidos. Jim Warron volvió a quedar sobre sus pies, con sus largas piernas muy abiertas en compás en espera de nuevas acometidas.

Cuando los dos se lanzaron sobre él, Jim Warron hizo lo mismo a su vez, pero con la ventaja de que él era un profesional de la lucha y los atacantes simples matones contratados, que todo lo habían confiado a la ventaja de su número. A uno de ellos acertó a propinarle un fulminante rodillazo en pleno mentón, mientras con ambas manos y ladeándose, aferraba al segundo por el cuello y tiraba de él. El experto y robusto luchador se inclinó, haciéndole pasar en volandas sobre sus espaldas, para soltarle al lanzarle despedido.

Más que verlos intuyó que los otros dos ya estarían detrás de él y giró veloz, para plantarles cara. Se desentendió del de su izquierda, dedicando toda su atención al otro, al que alcanzó a aferrar por una de sus muñecas, volteándole. Pero aquel tipo no supo acompañarse en el movimiento obligado y su brazo se quebró, antes de dar completa la voltereta.

Su grito de dolor, infrahumano, pareció llenar la noche de la playa.

Jim Warron no quiso darse respiro, lanzándose sobre la arena cuando el otro avanzó nuevamente esgrimiendo su porra. Alzó sus piernas y tras rodear aquella cintura con ellas, el hábil luchador giró sobre él mismo desde el suelo. El resultado fue otra voltereta del sorprendido contrario, que antes de darse cuenta ya tenía a su agresor sobre él, machacándole los riñones con uno de sus enormes pies.

Con diversas alternativas, en las que Jim Warron también tuvo que encajar no pocos golpes, empujones y hasta arañazos, la

desigual lucha se fue prolongando. El único testigo era la pálida y lejana Luna, que parecía divertirse iluminando aquellas movidas escenas: el suave movimiento de las olas lamiendo rítmicamente la playa, ponía contrapunto a su eterna sinfonía inacabable. El jadear de los cinco hombres se mezclaba, a veces, con sus furiosos resoplidos, sus gritos de dolor, sus reniegos y blasfemias.

El hombre herido, con su brazo quebrado colgando a lo largo de su cuerpo, tras lograr ponerse en pie pidió a sus fatigados compañeros:

—¡Apartad! ¡Dejadme a ese salvaje! ¡Voy a acuchillarle!

—¡No, Strom! —advirtió otro de ellos—. ¡Dijo que nada de muertes!

—¡Quieto, Strom! —secundó otro—. La paliza es para que sirva de aviso a los otros.

—¡Maldita sea! ¿Pero no veis que es él quien nos está zurrando? —intentó hacerles comprender el llamado Strom.

Sudoroso, también jadeante, Jim Warron creyó conveniente decir en aquella breve pausa:

—¡Fuera! ¡Largo de aquí! ¡O seré yo quien os triture y os arroje al mar!

Era una amenaza para tener en cuenta. Aquel titán les había demostrado que resultaba muy duro de pelar y todos ellos estaban ya muy malparados.

Tremendamente doloridos.

Aún sin volver a intercambiar más palabras entre ellos, los cuatro matones empezaron a recular. Lo hacían despacio, sin perder de vista al joven que volvió a gritar:

—¡Fuera! ¡Largo, matones! ¡Hoy ya os habéis ganado vuestra paga de gorilas!

Jim Warron se agachó, para ponerse a lanzarles puñados de arena, con furia y coraje:

—¡Largo de aquí, sabandijas!

—¡Este tipo es una fiera! —advirtió uno de ellos.

Siguieron reculando sin darle la espalda, hasta llegar al asfaltado paseo marítimo. Los faros de un coche parpadearon por allí y Jim Warron habría jurado que se trataba del «Pontiac» de Tiberio Loy.

Aquel condenado pistolero no iba a recibir a sus hombres precisamente con una sonrisa: seguro.

* * *

La rubia camarera fregoteó el mostrador con gesto maquinal, clavando sus ojitos golosos en el gigante que acababa de entrar. Le gustaban los hombres como aquel: altos y recios, con anchos hombros y rubios cabellos rebeldes. Pero aquel sugestivo ejemplar los traía empapados de sudor, revueltos en arena de la playa y parecía haber sangrado por la nariz y una de las cejas.

El noctámbulo cliente también traía la blanca camisa desgarrada y sus pantalones no muy limpios, desgarrados. La camarera se ofreció, sin dejar de contemplar al joven:

—¿Qué va a tomar, amigo?

—Lo que sea, pero con mucho hielo.

—¿Va a refrescarse el rostro con él?

—Aunque no lo crea, ¡lo necesito!

—¡Ya! Ya lo veo... ¿Se ha pegado con un gorila?

—Con cuatro.

—¿Llamo a la policía?

Jim Warron hizo un vago movimiento de hombros, al comentar:

—¿Para qué, rubita?

—¿Cómo que para qué, hombre? Para que atrapen a los que le han agredido.

—No se moleste: esos tipos están bien cubiertos. Disponen de mucho dinero y cuentan con buenos abogados: antes de terminar lo que me va a servir, ya estarían bajo fianza otra vez en la calle.

—¿*Gangsters*...? —insinuó la muchacha.

—Llámelos como quiera, rubita.

—Voy a cerrar pronto.

—¿No me quiere servir, guapa?

—No... ¡No lo digo por eso! Es que...

Parpadeó coquetuela al añadir, con la voz más baja y ciertamente algo insinuante:

—Es que vivo cerca de aquí... Podría ofrecerle una copa, mientras le pongo una tirita en esa ceja.

Jim Warron arqueó las dos, prestando más atención a la picarona camarera. No estaba mal del todo la joven rubita: tenía una sonrisa agradable y amistosa, ojos vivaces, nariz respingona y unos senos que tintineaban bajo la blusa azul celeste. De cintura

para abajo tampoco estaba mal y al sentirse observada por aquellos ojos verdes masculinos de pronto indagó, ya utilizando el tuteo:

—¿Apruebas o rechazas, buen mozo?

—¿No será mucha molestia para ti?

—¡Oh, no! Vivo sola, ¿sabes? Me he divorciado hace tres semanas en Las Vegas y he tenido que aceptar este trabajo.

—Te espero fuera.

—Sí, pero en la esquina de la izquierda.

—¿Por qué, precisamente, en la de la izquierda?

Tras breve mohín de los labios la impetuosa rubita pretendió aclarar, también con leve encogimiento de hombros:

—Bueno... A veces hay un moscón que me espera en la otra esquina. Es un tipo bajito y calvo, que te llegará a ti a la cintura.

—No quiero más problemas esta noche, rubita.

—¡Oh! Raf no es ningún problema. ¿No te digo que es así de bajito?

—Hasta luego: en la esquina izquierda, rubita.

—Me llamo Ruth.

—Yo, Jim. No tardes, Ruth.

Mientras esperaba, Jim Warron se dijo que no le vendría mal terminar la noche en los brazos de una mujer cariñosa. Y si encima le convidaba a unos tragos, le ponía una tirita en la ceja partida y terminaba la cosa ofreciéndole su cuerpo de recién divorciada, no le podía pedir más a la suerte.

Y de paso, se ahorraba regresar al hotel donde los otros luchadores se alojaban. Allí también estaría, y no precisamente con buen humor, el brutal y grosero Tiberio Loy.

Por el momento, no tenía ganas de volver a enfrentarse con aquel emigrante italiano desaprensivo.

Ya vería luego cómo arreglaba todos sus problemas.

Un rítmico taconeo femenino le anunció que la rubia Ruth se acercaba. Venía ofreciéndole su mejor sonrisa, pero cuando él avanzó hacia la mujer para acortar distancias, un tipo bajito y algo regordete, con la cabeza totalmente calva pareció surgir de las sombras de la noche.

—¡Ruth! —pareció gemir una voz—. ¡Estoy aquí, cariño!

Jim Warron ladeó la cabeza: la rubia ya se había colgado con aire posesivo de su brazo y taconeando la acera con movimiento

nervioso protestó:

—¡Oh, no, Raíl ¡Otra vez no!

—Es que yo... yo...

La actitud de la mujer le dio pie a Jim Warron a decirle al chiquitajo:

—¿Desea algo, amigo?

Con un hilo de voz el bajito se animó a manifestar, con visible resignación:

—Deseaba, gigantón... ¡Deseaba! Pero ya no... ¡Que lo disfruten bien! Buenas noches, Ruth.

—Lo será si te esfumas, Raf.

El tipejo enamorado se esfumó.

CAPÍTULO VIII

Jim Warron parpadeó; decidió abrir del todo los ojos y al ver en la penumbra de aquella habitación zascandilear a la dueña del apartamento quiso saber:

—¿Qué hora es?

Desde el fondo, frente a una cocinita allí instalada, la voz femenina contestó a la pregunta con otra:

—¿Cuántas tostadas, rey?

—¿Qué hacen esas cortinas echadas, Ruth?

—Es que fuera hace mucho sol. ¡Ya sabes cómo es Florida por estas fechas!

—No me has dicho qué hora es, rubita.

—Ni tú cuántas tostadas quieres. ¿Mantequilla o mermelada, rey?

Buscando su reloj sobre la mesita de noche, el joven indicó:

—Déjalo, Ruth: no te molestes.

—No es molestia, guapo. ¡Desayunaremos juntitos!

—¿Dónde está mi reloj?

—¿Qué reloj? Anoche no traías ninguno.

—¡Vaya! Debí de perderlo en la playa, cuando la pelea.

—Si tanto te interesa la hora te lo diré. ¡Son más de las doce!

Casi dando un salto sobre el revuelto lecho, Jim Warron quedó sentado sobre él, para volver a indagar:

—¿Y mi ropa? ¡Debo levantarme!

—¿Tanta prisa tienes?

—Has dicho que son cerca de las doce, ¿no?

—¿Y eso qué, mi rey? Yo no entro a trabajar hasta la tarde. Hago el turno seguido.

—Pero yo tengo algunos problemas que arreglar. ¿Dónde diablos has puesto mi ropa?

—Paciencia, hombre. ¡No te excites, rey! Estaba muy sucia y arrugada: he tenido que arreglarla un poco.

—Dámela tal como está. ¡Tengo que irme!

—¿Sin tomar un bocado, rey?

—¡Deja de llamarme rey!

—¿Te molesta?

—Bueno... En estos momentos nada tengo de rey. ¡Ni de príncipe! Digamos que soy un tipo hasta sin trabajo.

—No te preocupes: entre lo que me pagan y las propinas, a mí no me va tan mal.

Jim Warron sonrió. En cierta forma, resultaba enternecedor la manera en que se le ofrecía aquella mujer. Otro barco a la deriva como él, con su vida rota y teniendo que hacer de camarera, o lo que fuese para salir adelante.

—Eres muy amable, Ruth, pero no se trata de eso.

—Ahí va tu ropa. La he dejado lo mejor posible. ¿De verdad no quieres tomar un bocado conmigo?

—¡Lo haré! Pero antes... ¿Tienes listín de teléfonos por aquí?

—Allí colgado, junto al cuarto de baño.

Decididamente. Ruth era una optimista. Llamar «cuarto de baño» al pequeño cuchitril donde estaba instalada una ducha, era una forma como otra cualquiera de mirar la vida con entusiasmo. Jim Warron se refrescó, salió envuelto en una gastada toalla y se puso a buscar un número de teléfono. Cuando le contestaron desde el hotel donde se alojaban pidió al recepcionista:

—Póngame con la habitación de Bruymaker, por favor.

—Un momento, señor.

Al poco, el vozarrón de bajo profundo del luchador negro inquiría:

—¿Diga...?

—Soy yo, Bruymaker... Jim Warron.

—¡Hola, chico! ¿Dónde has pasado la noche? Ese patazas de Tiberio te ha estado buscando.

—Ya me lo figuro. ¿Sabes si ronda por ahí?

—No. Está muy preocupado. ¡Te está buscando por toda la ciudad!

Jim Warron sonrió con cierto escepticismo al oír aquello. Pero se le ocurrió indagar:

—¿Te dijo para qué diablos me busca?

—Sí, claro. Nos lo dijo a todos. ¡Por lo visto te quiere firmar un nuevo contrato!

—¿Un nuevo contrato, dices?

—Sí, sí, Jim. Esta mañana recibió una llamada desde Nueva York. Nos dimos cuenta de que estaba hablando con «El Gran Donatto».

—Sigue, Bruymaker.

—Bueno: no pude oír todo lo que decía. Pero por las trazas le contó lo de tu gran pelea de anoche con esa mala bestia de «Veneno».

—¿Y qué...?

—Pues que cuando colgó y volvió a nuestra mesa, muy malhumorado, se puso a comentar que tú eras un tipo con mucha suerte. ¡Hasta dijo que habías nacido de pie!

—¿Todo eso por qué, Bruymaker?

—¡Qué sé yo, Jim! Pero añadió que Donatto le había exigido que te firmase un nuevo contrato. ¡Y en mejores condiciones!

Sorprendido, ciertamente perplejo y sin comprender nada de todo aquello, Jim Warron guardó silencio, hasta que la voz del amigo indagó desde el otro extremo del hilo telefónico:

—¿Me has oído? ¿Sigues ahí, Jim?

—Sí, Bruymaker, sí, te oigo.

—¿Dónde estás?

—Ya te lo contaré.

—¿Alguna chavala?

—Algo así, Bruymaker.

—¡Ven ahora mismo para aquí! Algunos periodistas deportivos han preguntado también por ti.

—Gracias, Bruymaker. ¡Ahora mismo voy!

Colgó, empezó a vestirse y la mujer rubia indagó, ya con la bandeja repleta sobre la cama:

—¿Adónde vas con tanta prisa, rey?

—Tengo que irme, Ruth.

—¿Y todo esto que he preparado?

—Ya me harás los honores de tu casa en otra ocasión.

La reacción de la desilusionada mujer fue dar un manotazo, volcar la repleta bandeja sobre el lecho y exclamar:

—¡Siempre lo mismo! Cuando encuentro un hombre a mi medida, ¡siempre tiene prisa! ¡Ya estoy harta!

—Calma, preciosa. ¡Recuerda que tienes a tu enamorado Raf!

—Sin bromas, Jim. ¡Eso es un enano!

Jim Warron lanzó un beso al aire desde la puerta y dijo:

—Gracias por todo, Ruth.

—¿Volveremos a vernos, Jim?

—¡Quién sabe, nenita! ¡Quién sabe!

Y salió como un cohete.

* * *

Era muy extraño, pero el bruto de Tiberio Loy le recibió con la mejor de sus sonrisas; hasta le extendió su manaza de campesino y se esforzó por ser amable al comentar:

—¿Siempre celebras tus triunfos así, Jim, largándote de juerga?

Jim Warron no estrechó aquella mano que su interlocutor le ofrecía. Pero ni aun así Tiberio Loy pareció molestarse, puesto que añadió muy sonriente:

—¡Haces bien, chico! Todo no va a ser pelear y subir al *ring*.

—Al grano, Tiberio. Me dijo Bruymaker que me buscabas.

—¿No te sientas, muchacho?

—Estoy bien así.

—Como quieras, Jim; pero tengo aquí un nuevo contrato que, estoy seguro, te interesará firmar.

—Tenía uno firmado en Chicago: tú lo dejaste, hecho pedazos, en el suelo de mi camerino.

—¿Ah, sí?

—Y con una nota, en la que me anunciabas que estaba despedido.

—Bueno, bueno. Eso fue anoche.

—¿Qué ha cambiado, Tiberio?

—Venciste a «Veneno», ¿no? ¡Hiciste un gran combate!

—Sí, pero eso te molestó mucho.

Llevando la mano a su pecho, tras cambiar el habano que fumaba a la otra, con todo su aplomo, Tiberio Loy mintió:

—¿Molestarme a mí, Jim? «Veneno» es de lo mejor que tenemos y tú le pusiste de espaldas sobre la lona. ¡La gente se entusiasmó!

—¡Lo vi! Pero tu «entusiasmo» te hizo enviarme cuatro de tus matones.

—¿Yoooo…? ¿A cuatro qué, dices?

—Lo sabes muy bien.

—Pues ni idea. ¡Palabra, Jim!

—Dejémonos de cuentos, Tiberio: vi a tu «Pontiac» en el paseo marítimo, cuando los recogías después de zurrarles.

—¡Tonterías, chico! En esta ciudad hay muchos coches como el mío.

—A uno de ellos le partí un brazo.

—¡Hiciste bien! Sí, como dices, esos tipos te atacaron en la playa.

—¡Tú hiciste que me siguieran!

—Te digo que no. ¡Te he dado mi palabra, Jim!

—No creo en tu palabra, Tiberio.

—Haces mal, Jim. ¡Muy mal! Sabes que soy un hombre de negocios y yo… Bueno, ¿te sientas y firmas este contrato?

—Antes, tendrías que liquidarme el otro.

—¿Qué otro? ¿No dices tú mismo que lo encontraste roto en tu camerino?

—Lo rompiste tú, no yo.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo, Jim…! Pero que no se te suban los humos a la cabeza, muchacho. Venciste a «Veneno» y punto. ¡No estuvo mal! La gente se entusiasmó y la prensa deportiva ya pide el desquite. Todo eso está muy bien y el señor Donatto lo aprueba: me puso una conferencia desde Nueva York esta mañana, muy temprano.

—Ya empiezo a entender.

—¿Qué es lo que empiezas a entender, Jim?

—Que has debido recibir órdenes muy concretas del jefazo.

—No lo niego, muchacho. El señor Donatto me ha dicho que lo que hiciste anoche va muy bien para el negocio. ¡Por eso tienes ese nuevo contrato ahí! ¿Qué más quieres, Jim?

—¿Le dijiste lo de esos cuatro matones?

—¿A quién?

—A «El Gran Donatto». ¿Se lo dijiste?

Tiberio Loy se puso a fumar con gran entusiasmo de su largo habano. Una de dos, o le había dado por saborear su cigarro, o pretendía ganar tiempo para buscar una contestación adecuada a la pregunta directa del joven que tenía ante él.

—Anda, firma y no se hable más de eso… De esas tonterías, es

mejor, para todos, que el señor Donatto no se entere.

—¿Tonterías? ¡Los enviaste para que me machacaran!

—¡Y dale! Te repito que yo no envié a nadie.

—¡No mientas! Lo que pasa es que ahora te arrepientes. Obraste por tu cuenta y el gran jefe te ha debido de echar la bronca. ¿No es así? Ha debido de leer la prensa, se ha enterado de que «Veneno» y yo dimos un gran espectáculo, y eso es lo que siempre quiere él.

—Pongamos que un gran luchador como tú nos interesa, Jim. ¡Eso es todo, muchacho!

—¿Para qué? ¿Para ser como una marioneta en vuestras manos? ¿Para decirme cuándo debo ganar y cuándo debo perder? ¿Para hacer vuestras apuestas y vuestros «negocios» a gusto y capricho?

—Todo eso no debe preocuparte, Jim.

—¡Pues me preocupa!

—Tú eres un profesional. ¡Un buen profesional, Jim! Desde ahora recibirás… pongamos mil dólares por combate.

¡Mil dólares!

Jim Warron había dicho que no quería sentarse, pero lentamente lo hizo sin quitar los ojos al hombre que tenía ante él. También miró por encima al contrato que había sobre aquella mesa, hasta que lentamente quiso concretar:

—¿Eso… eso de los mil dólares queda… queda consignado bien claro ahí, Tiberio?

—¡Pues claro, hombre! Puedes leerlo tú mismo. Ahí, en el párrafo 50. ¿Lo ves?

—¿Y… y nada de… tongos?

—¡Vaya una pregunta, muchacho! ¿Desde cuándo usamos esa palabreja entre nosotros?

—No la usáis. ¡Pero los hacéis!

—¡Tonterías! Aquí todo está en regla y la «Organización» marcha. ¿Qué unas veces gana uno y otras pierde? Bueno, ¿y qué, Jim? La lucha libre es así, muchacho. ¡Tú bien lo sabes!

Jim Warron seguía repasando el nuevo contrato que tenía ante él y su silencio le dio pie al otro a añadir:

—Después del combate de desquite con «Veneno», de aquí a Nueva Orleans y después otra vez a Las Vegas. Luego a Texas, a Alabama. Georgia, Washington… ¡Nueva York!

—Dame tu pluma.

—Ahí la tienes, Jim. ¡Eso me gusta!

Tras devolver el contrato firmado, levantándose muy serio Jim Warron quiso puntualizar:

—Otra cosa, Tiberio.

—Tú dirás, muchacho.

—Nada de trucos sucios, trampas ni marrullerías.

—¿Quién se acuerda de eso, muchacho? Ya ves: por mí parte, hasta he olvidado el mamporro que me largaste.

—Te lo buscaste.

—No, hombre, no. Lo que pasa es que tú tienes dinamita en las venas.

—¿No es eso lo que os gusta, lo que va bien a la «Organización»?

—¡Pues claro, hombre, claro! ¡Espectáculo! ¡Mucho espectáculo, fuerza y vivacidad en los combates, Jim!

—Cumpliré con mi parte.

—Y nosotros con la nuestra. ¡Palabra! —volvió a repetir aquel marrullero profesional.

CAPÍTULO IX

El esperado combate de revancha que Jim Warron concedió a su terrible rival «Veneno», sabiamente promovido por la «Organización» mediante toda la prensa deportiva, entrevistas, fotos y declaraciones de los dos protagonistas principales, fue todo un éxito de público, y por lo tanto de taquilla.

Tiberio Loy estaba que se frotaba las manos.

Él también tenía un desquite particular pendiente. Cuando «El Gran Donatto» se enterase de la gran recaudación, le pondría una conferencia a su residencia particular de Nueva York, diciéndole más o menos así:

—¿Qué dice ahora, señor Donatto? ¿Sé o no sé hacer las cosas bien? Usted me dijo que era un estúpido majadero, pero ya ha visto cómo sé manejar estas cosas...

Daba por sentado que, como siempre, el altanero y presumido patrón le mandaría al infierno, todo lo más concediéndole que solo había cumplido con su obligación: con las órdenes que él mismo le había dado cierta mañana, directamente por teléfono. Pero ni aun así Tiberio Loy dejaría de anotarse en su cuenta particular aquel triunfo.

El público abarrotó la sala donde se daba la velada de lucha libre americana, empezando a caldearse el ambiente con los combates preliminares que se ofrecían aquella noche. Pero cuando verdaderamente aplaudió, gritó y se enardeció, fue cuando subieron al *ring* los dos colosos. El árbitro hizo las presentaciones consabidas, siendo coreado por miles de gargantas cuando anunció:

—A mi derecha, Jim Warron, con ochenta y seis kilos.

—¡BIEN!

—A mi izquierda, el gran «Veneno», con noventa y tres kilos y medio.

—¡Bien!

—El combate será a tres asaltos de cinco minutos, con descansos de tres minutos.

—¡Biennnn...!

—Se trata de un combate de revancha que concede Jim Warron... ¡Con la bolsa en juego!

—¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Que empiecen ya!

—¡Duro con él, «Veneno»!

—¡Volverá a vencerle Jim Warron!

La fuerza pública tenía que imponer el orden, porque también entre el público había conato de peleas. Las discusiones se multiplicaban.

Las apuestas, también.

Tiberio Loy seguía frotándose las manos.

Los dos gladiadores, cada uno en el rincón asignado, se despojaron de sus batas.

Sonó el *gong* y empezó el reñido combate.

Los dos contrincantes iniciaron la pelea con una bonita exhibición de lo que debía ser una lucha libre americana. Nada de marrullerías, destemplados desplantes por parte del terrible «Veneno», ni nada de lo que muchos esperaban de él, teniendo en cuenta la peculiar y personal forma de luchar de aquel conocido y discutido gladiador.

Incluso, gran parte del público empezó a desilusionarse.

—¡Tongo! ¡Tongo!

—¿Por qué no os besáis?

—¡Muérdele ya, «Veneno»!

—¡Tírale de los pelos!

—¡Arrástrale!

—¡Será si Jim Warron le deja!

—Le vencerá en cuanto «Veneno» quiera, estúpido.

—¿Estúpido yo? ¡Le voy a...!

—¿Usted a mí?

—¡Silencio, por favor! ¡Miren eso!

Sí: era digna de ser atentamente contemplada aquella lucha de poder a poder. Todo un rosario de llaves, contrallaves, volteos, forcejeos, derribos, saltos, golpes tremendos y nuevas y dinámicas embestidas, hacían vibrar a los aficionados al espectáculo. La fuerza y la potencia de los dos contendientes se ponía de manifiesto, lo mismo que su destreza y agilidad.

En el último asalto muchos temieron que aquello quedase en unas honrosas tablas. Los más maliciosos, la nube de entendidos que presumen de sabérselas todas, empezaron a murmurar que el combate nulo previamente debía haber sido acordado, para propiciar la ocasión para un nuevo combate de desquite.

Y sin embargo…

En un momento determinado, cuando faltaba muy poco para el final del sensacional combate, el fornido y musculado antebrazo de Jim Warron empezó a golpear al acogotado «Veneno», que terminó derribándose sobre la lona, cayendo de espaldas.

Bailoteando sobre el *ring*, Jim Warron no perdía de vista a su rival, en espera de la cuenta del árbitro.

—¡Uno…! ¡Dos…! ¡Tres…! ¡Cuatro…! ¡Cinco…! ¡Seis…! ¡Siete…! ¡Ocho…! ¡Nueve!

El caído «Veneno», panza arriba como si sus pupilas estuviesen clavadas en los potentes focos que alumbraban el *ring*, no se había movido. Ni tan siquiera había pestañeado.

—¡DIEZ!

—¡Hurra! —exclamaron muchos.

—¡Viva Jim Warron! —celebraron otros la victoria.

Murmullos de protestas y abucheos también se levantaron, dando una clara muestra de que los asistentes estaban mitad por mitad, a favor de uno o del otro.

El árbitro levantó el brazo del luchador más joven y anunció con solemnidad:

—Vencedor por K.O… JIM WARRON!

Nuevos aplausos atronadores, nuevos abucheos, nuevas discusiones entre los enardecidos asistentes, los últimos comentarios y feliz por su triunfo Jim Warron alzó ambos brazos, saludando al público antes de retirarse a su rincón y ponerse la bata que le ofrecían.

Ya muchos empezaban a abandonar el atestado local, cuando desde el centro del *ring* el alarmado árbitro anunció:

—¡Este hombre está muerto! ¡No… no respira!

Absurdamente ante tal anuncio, algunos de los que estaban más cerca del *ring* empezaron a pedir:

—¡Un médico! ¡Que venga un médico, rápido!

Pero era cierto: el hombre que se había hecho tan famoso

luchando en todos los Estados de la Unión, estaba muerto.

«Veneno» no volvería jamás a subir a un *ring*…

Solo le esperaba la tumba…

* * *

La tumba y ríos de tinta invertida en miles de artículos, sobre todo en la prensa deportiva y especializada, comentando el fenomenal combate que le había costado la vida a un hombre llamado John Smith Taylor, más conocido por «Veneno».

Los dictámenes médicos coincidían: un fallo cardíaco, muy posiblemente debido al tremendo esfuerzo que aquel gladiador había tenido que realizar, para enfrentarse a su joven rival hasta un minuto solamente antes del final reglamentario de la descomunal pelea.

Una víctima más, de la ruda y dura lucha libre americana.

Las cosas eran así y había que aceptarlas: todo deporte, toda profesión, tiene sus riesgos.

En medio de todos aquellos comentarios, lo gracioso era que algún redactor deportivo aseguró que «Veneno» siempre había sido «un caballero del *ring*». Uno de los mejores exponentes de la lucha libre americana que, como buen campeón, había sabido entregarse hasta el último aliento.

Por otra parte, también alguien empezó a denominar a Jim Warron como «El Asesino del Ring». Este periodista, en su artículo se puso a cuestionar hasta qué punto se le podía permitir a un hombre tan fuerte y vigoroso como aquel, que golpease a sus rivales con tanta fuerza y contundencia como lo había hecho aquella triste noche con «Veneno».

Por supuesto, otro periodista le contestó con el reglamento en la mano. La lucha libre americana tenía sus reglas y Jim Warron no las había incumplido. Miles de personas habían podido presenciar en directo aquel combate y, en último término, estaban las declaraciones del árbitro.

—Nada fue sucio en aquel combate: hasta me extrañó que el violento y siempre irascible «Veneno», se portase tan correctamente.

Sí, había sido una pelea totalmente limpia, reglamentaria.

Pero con mala suerte para uno de los contendientes.

A partir de aquella fecha, el abrumado Jim Warron siempre se veía acosado por los curiosos periodistas:

—¿Va usted a asistir al entierro de «Veneno»?

—Por supuesto que sí, señores.

—¿Qué hay de cierto sobre lo que se comenta?

—Dígame usted mismo a qué se refiere. ¡Se están hartando ustedes de comentar muchas cosas!

—He oído decir que va usted a entregar la bolsa que ha ganado, a un familiar de «Veneno».

—Es cierto: pueden publicarlo.

—¡Un buen rasgo, Jim Warron!

El joven atleta sonrió levemente, antes de rogar:

—Y ahora, si me permiten seguir mi camino.

—Una pregunta más, por favor.

—Hágala.

—¿Va usted a dejar la lucha?

Jim Warron pareció reflexionar muy serio, antes de anunciar:

—Quizá lo haga. Sobre todo hasta que algunos de ustedes dejen de llamarme «El Asesino del Ring».

CAPÍTULO X

Colérico, visiblemente contrariado, el elegante e impulsivo Rossi Donatto soltó un despectivo papirotazo sobre la revista deportiva, cuya portada a todo color traía una excelente fotografía de «El Asesino del Ring», gruñendo a su vecina de asiento:

—¡Eres una zorra, reina!

La elegante y sofisticada Iliana Luketi hizo uno de sus irresistibles mohines con los labios pintados, reprochándole a su dueño y señor:

—Por favor, cariño. ¡Pueden oírte los otros pasajeros!

—Me importa una higa, reina. ¡Tú te has burlado de mí!

—¿Por qué dices eso, *mio amore*?

—Me dijiste que Jim Warron era un tipejo bajito y rechoncho, todo él músculos… ¡Y muy feo!

—¿Yo te dije eso, *mio sole*…?

—¡Me lo aseguraste! ¿No te acuerdas, reina? Cuando me pediste que dijese a Angelo que ordenase a Tiberio que le contratase en Chicago.

Medio acorralada, la amante del poderoso promotor solo acertó a manifestar:

—Es que… ¿me creerás si te digo que ni tan siquiera me fijé en ese hombre?

—¡No! ¡No te creo! Te conozco muy bien, so lagarta. A ti te gustó Jim Warron y por eso casi me exigiste que Tiberio le contratase.

—¿Yo exigirte a ti, Rossi?

—¡Si! Como un chantaje en aquella noche: yo deseaba estar contigo y tú fingías que te dolía mucho la cabeza.

—¡Y me dolía, mi amor!

—Tu dolor se esfumó, nada más decirle a Angelo que lo contratasen.

—¡Ah! Pues no recuerdo, amor mío.

—Yo sí. ¡Y muy bien! Ya me has hecho otras veces parecidas

jugadas.

El vuelo seguía y una de las azafatas pasó. Rossi Donatto solicitó de la bonita muchacha:

—Para mí un *whisky*. ¡Y doble!

—¿La señora desea algo?

—¡Sí...! —volvió a gruñir Rossi Donatto—. ¡Un vaso con veneno!

La afable azafata sonrió tomando nota, confirmando la inalterable Iliana Luketi:

—Otro *whisky*, por favor.

Cuando se retiraba la muchacha por el pasillo del avión para atender a los otros pasajeros, Rossi Donatto sentenció:

—Romperé el contrato de ese niño guapo, nada más aterrizar en Nueva Orleans...

—Harás mal.

—¡Haré bien!

—Ahora es muy famoso: llena los locales donde lucha. Ya sabes que esa clase de público es morboso. Le gusta ver a un hércules, cuyas fuerzas terminaron con la vida de otro hombre en un *ring*.

—¡Me importa una higa! —repitió el celoso promotor.

—¿Y el dinero qué, *mio amore*! ¿Desde cuándo no te interesa?

Rossi Donatto aprovechó que les servían los *whiskys*, para no replicar. Pero así que su lengua saboreó el líquido, se animó a rechazar:

—Tengo ya el suficiente dinero, como para prescindir si quiero de figurines como ese.

—¿Figurín? —repitió la mujer, con cierta ironía al tomar la revista deportiva y clavar sus ojos nostálgicos en la portada—. Pues yo le encuentro muy aparente para ese... deporte. ¡Fíjate, amor, repara en sus músculos! ¡Es todo un magnífico ejemplar!

—Ya sé, ya sé. ¡De los que te vuelven loca!

—¿A mí? Pero si lo digo en el sentido de...

—No se hable más, reina. ¡Le despediré!

El vuelo seguía: el moderno y poderoso reactor devoraba las millas.

Rossi Donatto seguía devorando sus celos...

¿Qué le sucedía? ¿Qué le detenía? ¿Por qué no ordenaba a alguno de sus hombres que hicieran desaparecer a aquella mujer?

¿Es que de alguna forma le dominaba a él la bonita y coqueta

Iliana Luketi?

¿Empezaba a hacerse viejo?

* * *

Pese a adoptar una actitud sumisa, después de la acalorada discusión, Tiberio Loy aún se atrevió a preguntar:

—Entonces, patrón... ¿Qué hacemos con estos carteles?

—¡Tíralos! —gruñó Rossi Donatto.

—Es que ¡ya hemos inundado la ciudad con ellos! En cada esquina de Nueva Orleans, hay uno anunciando la velada de lucha. ¡Los han pegado por todas partes!

—Pues que los despeguen. ¡Y no me fastidies más con eso. Tiberio!

El alto y fornido Angelo, para hacerse notar, indicó al compañero:

—Ya oíste al señor Donatto.

—Está bien, jefe. ¡Usted manda, patrón!

—No olvides nunca eso, Tiberio.

Tiberio Loy sabía muy bien que aquel siciliano jamás había amenazado en vano. Pero él también era hijo de emigrantes italianos, su defecto era la terquedad y pretendió desquitarse en parte del trabajo que había organizado al anunciar:

—No se hable más, jefe: pero habrá que devolver el dinero.

—¿Qué dices? —se interesó vivamente Rossi Donatto.

—Todo el taquillaje está vendido. ¡No queda ni una sola entrada!

Rossi Donatto pretendió ganar tiempo, sacando su lujosa cigarrera de piel y oro: antes de empezar a mordisquear el largo habano con los dientes, el mechero del siempre servicial y eficiente Angelo ya estaba encendido. Chupeteó con ganas, lanzó las bocanadas de humo hacia el techo de la lujosa habitación de hotel y al fin gruñó:

—A ver uno de esos carteles, Tiberio... ¡Pronto!

Tiberio Loy se apresuró a mostrar nuevamente el largo y ancho cartel anunciador de la esperada velada de lucha libre americana. Allí se prometían cinco formidables combates, y con letras mayores se destacaba el de fondo, el último. A todo color había una

composición fotográfica de Jim Warron, «El Asesino del Ring», que se las tendría que ver con Bruymaker, el negro apodado «Sangre Negra», a quién se le anunciaba a la vez como un rey africano destronado, que ahora se dedicaba a la lucha libre americana.

Toda una promoción astuta y bien dirigida, para mayor reclamo de la velada.

El rostro de «El Gran Donatto», como buen promotor quede aquella clase de espectáculos, denotó una momentánea satisfacción. Pero al instante su sonrisa se convirtió en mueca al clavar sus pupilas en el cuerpo de Jim Warron, deseando confirmar:

—¿De veras ese tipo es así, con todos esos músculos?

Astutamente sibilino, con lo peor de sus intenciones, Tiberio Loy apuntó:

—La señorita Luketi se lo podría confirmar, jefe…

Rossi Donatto aflojó los dientes al abrir mucho la boca, con lo que su aromático habano cayó sobre la mesa. Una de las manazas de Angelo se apresuró a retirar el cigarro puro, pero recibió un cachete de su amo y señor que casi gritó, histérico:

—¡Quieto! ¡Aparta de aquí! ¡Y tú repite lo que has dicho, Tiberio!

—¿Sobre la señorita Luketi y ese Jim Warron?

—¡Sí, sí, repítelo! ¿Qué has querido decir, marrano?

—Bueno, yo… No se excite conmigo, jefe, por favor. Pero creo… creo que debe enterarse.

—No des más rodeos, o te corto las orejas. ¡*Avanti*, Tiberio!

—Bueno… El día que en Chicago fuimos al gimnasio que regentaba el viejo León Bronsky, pues… ese Jim Warron pasó algunas horas «retozando» con Iliana Luketi.

—¿Estás seguro?

—Totalmente, señor Donatto —confirmó Tiberio Loy—. Lo comprobé por el motel en el que estuvieron.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces, imbécil?

—No sé, patrón. No quise disgustarle.

—Y encima… ¡Tú mismo le contrataste!

—Angelo me dijo que era una orden directa de usted.

—Cierto: se lo dije —recordó Rossi Donatto—. Pero yo no sabía entonces que ella… ¡Maldita sea! Voy a deshacerme de esa perra.

Rossi Donatto volvió a sentir la imperiosa necesidad de fumar.

Apenas lograba contener su ira y cuando Angelo nuevamente le encendió el habano, descargó contra el otro al bramar:

—¡Y de ese trabajo te cuidarás tú!

—¿Yo? ¿Por… por qué personalmente, jefe?

—¡Por haberme ocultado una cosa así! ¡Me lo debiste decir hace tiempo!

—Usted voló a Nueva York, señor Donatto.

—¡Cierto! Y lo hice con Angelo y esa mala zorra, porque ignoraba entonces que me había puesto los cuernos.

—Si me permite, jefe… quiero recordarle que yo…

—Suéltalo ya y no vuelvas con rodeos.

—Bueno… Queriendo mirar por su honor ofendido, ya en Miami Beach yo intenté deshacerme de Jim Warron.

—Porque te pegó, no cumplió tus órdenes y ganó el combate que debía ganar «Veneno». ¡Por eso fue, y no por mi honor, como quieres presumir ahora!

—Pero yo… yo, señor…

—Tú fallaste y te dejó inutilizados a cuatro hombres.

—Usted se encantó con la noticia. ¡Me llamó estúpido!

—Y lo eres, Tiberio. Entonces no conocía personalmente a Jim Warron. ¡Ni le había visto en fotografía! Iliana me había dicho que era bajo, rechoncho y muy… ¡Muy feo!

—Le mintió.

—¡Es una lagarta! Pero la mandarás, junto con ese guapo joven, al fondo del mar.

—Será mejor después de la pelea, jefe.

—¡Cierto! En eso te apruebo, Tiberio. Ese combate no se suspenderá y así no tendremos que devolver el dinero. ¡Pero nada más termine te cuidarás de él!

—Lo haré encantado, señor Donatto… ¡Siempre le tuve ganas!

—Que te eche una mano Angelo —y tras mirar al nombrado aún añadió con reproche—: Ya es hora que hagas algo más que encender mis puros, amigo. ¡Te pago muy bien!

El alto y fornido guardaespaldas se limitó a inclinar la cabeza.

—Usted manda, patrón.

—Quiero un buen «trabajo», muchachos. Nada de jaleos ni que tenga que intervenir la policía.

—Descuide, jefe.

—Y ahora olvidemos eso. ¡Queda en vuestras manos! Trae esas liquidaciones y dime cuánto se ha recaudado para esa velada.

—Mucho, señor Donatto —anunció Tiberio Loy—. ¡Quedará asombrado!

—¿Cuánto?

—Pues teniendo en cuenta que hemos subido las butacas de *ring* y también un poco más la general…

Y como si allí no se acabasen de acordar dos asesinatos, Rossi Donatto y Tiberio Loy se pusieron tranquilamente a echar cuentas.

El «negocio» seguía floreciente.

CAPÍTULO XI

—No comas eso, Jim.

Jim Warron miró entre extrañado y divertido a su compañero de mesa, sonriéndole al luchador negro al objetar:

—¿Por qué no, Bruymaker? ¡Me gusta mucho la carne bien frita!

—Esa te sentaría mal.

—¿Qué dices? Aclara eso.

Tras mirar a derecha e izquierda del comedor general del hotel, el hombre de color se puso a musitar con aire receloso:

—Verás, Jim... Hay un joven pinche en la cocina de este hotel, que también es negro.

—Normal, hombre: hay muchos así en Nueva Orleans.

—Sí, pero... El otro día me pidió un autógrafo y nos hicimos amigos. Es un pobre chico que nos admira mucho. Me dijo que si él podía aspirar a ser luchador.

—¿Qué le dijiste?

—Que debía crecer más, hacerse fuerte, ir mucho a un gimnasio. ¡Ya sabes! todas esas cosas...

—Sigue, Bruymaker. ¿Qué hay de esta carne que me han servido?

—Pues... ese chico. John, no hace mucho que telefoneó a mi habitación. Le noté nervioso y le pregunté si le pasaba algo.

—¿Y...?

—Me dijo que se despedía, que no quería trabajar más en este hotel.

—¿Por qué?

—Había visto algo muy «raro» en la cocina. Su jefe, el chino que preparaba esa carne para ti, había estado manipulando en ella: algo así como echándole unos polvos.

—¿Para envenenarme?

—No te rías, Jim. ¡Puede ser cierto!

—¡Tonterías! Precisamente esta noche tengo que luchar contigo.

—Precisamente por eso he empezado a sospechar.

—¿De quién?

—Pues… No puede ser otro más que Tiberio.

—¡Bobadas! A esa mala bestia le interesa que tú y yo estemos bien vivos. ¡Perderían mucho dinero de suspenderse la velada!

—Es que Tiberio habló conmigo.

—¿De qué?

—Bueno. Venía a decirme que si hasta ahora tú eres la máxima estrella, antes lo fue «Veneno».

—¿Y eso qué?

—Pues que después de esta noche, cuando te venciese a ti, pasaría a serlo yo…

—Bueno, bueno, amigo… ¡Antes tendrás que vencerme!

—Si comes esa carne me será fácil, Jim.

—¿Pretendes decir que me drogarán, o algo así?

—Quizá peor, Jim.

—Ya basta, Bruymaker. ¡Explícate de una vez!

—¿Te acuerdas de «Veneno»?

—¿Crees que lo puedo olvidar?

—Él murió en el *ring*.

—Eso todo el mundo lo vio. Un fallo del corazón y… ¡Lo dijeron los médicos!

—¿Y por qué no algo que comió, que le hizo efecto?

—¿Tú crees, Bruymaker?

—Es posible, Jim.

—¡No lo creo! «Veneno» era de lo mejor que tenían contratado. ¡Mal negocio para ellos!

—Cierto; pero al morir él vencido por ti, toda su fama pasaba a ese nuevo ídolo que se han inventado, llamándole ahora «El Asesino del Ring».

—Y tú crees que a mí me puede pasar como a «Veneno», para que desde esta noche tú pases a ser la máxima estrella.

—Soy malicioso, Jim… ¡Y supersticioso!

—No te molestes, pero muchos de tu raza lo son.

—No me molesto, pero… ¡Te repito que Tiberio me ha estado metiendo en la cabeza que, cuando te venza a ti esta noche, yo pasaré a ser el más cotizado, la máxima atracción en el cartel!

—¿Y no te gusta eso, Bruymaker?

—¿A quién no? Pero no a costa de que a ti te pase algo, Jim.

Sonriéndole con afecto, Jim Warron le tocó un antebrazo al compañero de mesa y le dijo:

—Eres un buen chico, Bruymaker. ¡Te agradezco mucho tu interés por mí!

—Somos amigos, ¿no, Jim?

—Lo somos.

—De tipos como ese Tiberio lo sospecho todo. Aunque te sonría ahora… ¡Yo sé que te odia!

—Y yo. Ya te conté lo de la playa.

—Haremos una cosa, Jim: tú haces que te zampas esa carne, pero te la guardas.

—¿Para mandar analizarla luego?

—Sí. Puedes comer por ahí lo que quieras.

—De acuerdo: haremos lo que dices. ¿Pero has pensado lo que te juegas, al advertirme de eso que sospechas?

—¿Te refieres a eso de no poder vencerte y no llegar a ser yo la máxima estrella?

—A eso me refiero, Bruymaker.

—¡Te venceré, Jim!

—¿Estás seguro?

—Haré todo lo posible. ¡Pero limpiamente! En buena lid, Jim.

—Yo intentaré lo mismo, Bruymaker.

—Así debe ser.

—Hay otra cosa, amigo.

—Tú dirás, Jim.

—Si es cierto lo que te comunicó tu amiguito el pinche y en esta carne han echado alguna droga, cuando vean que no me «duermo»… ¡o que no muero en el *ring*…! ¡Recelarán algo!

—Y más, si eres tú el que me vence, claro.

—¿Qué haremos entonces, Bruymaker?

—No sé. Por mi parte, ya estoy harto de ese Tiberio y los de su «Organización». ¡No me gustan!

—Ni a mí.

—Podremos buscar otro circuito, que también organice veladas de lucha libre.

—Lo siento, pero me temo que la mayoría de ellos están también «podridos».

—No todo, Jim. ¡Algo habrá sano, digo yo!

—Lo intentaremos.

—Si los análisis dan positivo de que han echado en esa carne «algo» para que te reviente el corazón durante la pelea… ¡Les podremos denunciar!

—Tu amiguito el pinche, ¿se atrevería a declarar contra el cocinero chino de este hotel?

—No sé, pero creo que si se ve respaldado por mí… y por ti también… ¡Lo haría!

—Y a su vez, ese condenado cocinero chino tendrá que confesar quién le pagó por el «trabajo».

—Me gustaría ver a Tiberio Loy entre rejas.

—Y al «Gran Donatto» también. Es el jefe, el que mueve todos los hilos.

—Tipos así me revientan. ¡Nos explotan y hacen fortuna!

De pronto, dándole con el codo el luchador de color advirtió al amigo, clavando la mirada hacia el fondo:

—¡Cuidado, Jim! ¡Ahí se acerca Tiberio!

Tiberio Loy, siempre fumando uno de sus purazos, cruzaba el comedor del hotel repartiendo saludos a derecha e izquierda a los otros luchadores contratados. Cuando llegó ante la mesa ocupada por Bruymaker y Jim Warron, su sonrisa se le amplió de oreja a oreja y comentó jocoso:

—No debisteis comer juntos, muchachos… Por lo menos no debisteis hacerlo hoy.

—¿Por qué no? —objetó Jim Warron.

—¡Hombre, Jim! Vais a pelear esta misma noche. ¡Dentro de unas horas, en el *ring*!

—¿Y eso qué? —dijo a su vez Bruymaker.

—Pues que si os ven juntitos esos periodistas, algunos podrán pensar que dos tipos que se van a partir la jeta…

—Podemos ser amigos, Tiberio.

—¡Lo somos! —confirmó Bruymaker.

—Pero a la par, dos buenos profesionales —quiso puntualizar Jim Warron.

—Bueno, bueno, chicos. ¡No he dicho nada! ¿Qué, Jim? ¿Mucho apetito? ¿Qué tal esa carne?

—Bien: a mi gusto.

—¡Ya veo! Te queda poca.

—Solo este bocado —sonrió Jim, que había guardado casi toda en una servilleta que escondió en el bolsillo del pantalón.

—¿Quieres que te sirvan más?

—No, ya basta.

—¿Y tú qué me dices, «Mala Sangre»? ¿Serás capaz de vencer a nuestro campeón esta noche?

—¡Le venceré! Pero voy a rogarle una cosa.

—Tú dirás, «Mala Sangre».

—No vuelva a llamarme así, por favor.

—¡Tiene gracia! Todo el mundo te conoce por ese nombre.

—Sí, profesionalmente así es; pero no me gusta que fuera de los carteles y del *ring* nadie lo haga.

—Como quieras, «moreno». ¡Buen provecho a los dos!

Tiberio Loy se retiró para hacer otros divertidos comentarios ante las otras mesas, escuchando Jim Warron que el amigo de la suya cuchicheaba:

—¿Por qué has tenido que comer esa carne?

—No te preocupes. Era solo un bocado y lo vomitaré nada más levantarme. Me meteré los dedos en la boca y… tenía que hacerlo, confiarle. ¡Estaba aquí parado, observándonos!

—Pues date prisa: te quiero bien fuerte y con todas tus facultades. ¡Solo así me gustará vencerte!

—Eso ya lo veremos, «Mala Sangre» —bromeó Jim Warron.

El hombre negro le devolvió la sonrisa.

CAPÍTULO XII

Era cierto: Tiberio Loy había informado muy bien a su jefe. En toda la amplia sala no había ni un solo hueco libre, apretujándose la gente que se disponía a disfrutar viendo el plato fuerte de aquella velada de lucha.

Como siempre, la «Organización» se había cuidado bien de caldear el ambiente días antes. Carteles en las esquinas, pasquines anunciando la «sensacional» velada, comentarios de los periodistas deportivos que no ahorraban ni sus elogios ni los calificativos, llegando a escribir que aquella era la pelea del siglo.

Siempre se decía igual.

Pero a los aficionados les gusta todo eso. Se echa toda la «carne» en el asador y a la hora de la verdad la sangre les hierve.

Cuando el árbitro anunció que «Mala Sangre» y «El Asesino del Ring» se jugaban la bolsa y de común acuerdo habían renunciado a los descansos reglamentarios de tres minutos, para luchar hasta el triunfo de uno de ellos, el clamor se hizo general. Los ciento tres kilos de músculos del hombre negro, contra los ochenta y seis del atleta blanco, parecían dar *a priori* cierta ventaja al primero. Pero el vencedor —y «matador» también— del famoso «Veneno» hacía esperar que la balanza quedaría equilibrada.

Pronto se vio que no sería así. A Jim Warron le costaba mucho conseguir voltear los ciento tres quilos de «Sangre Negra», quien no obstante se movía sobre el *ring* con la agilidad de una pantera, con los movimientos de un felino: y a la par, cuando él embestía o atacaba, con la contundencia de un pesado rinoceronte.

Noblemente, fatigado y jadeante, Jim Warron empezó a comprender que no podría con aquel hombre. Su amigo Bruymaker era un auténtico luchador, a la par de un resistente encajador. Se deshacía de sus presas con la facilidad con la que se deslizaba una serpiente, para al instante ser él quien contraatacaba.

La tremenda pelea avanzaba y Jim Warron también comprendió que su tenaz y escurridizo rival estaba puntuando más que él. De no

vencerle con un golpe de suerte, su experiencia le decía que jamás conseguiría doblegar a Bruymaker: nunca podría lograr ponerle de espaldas sobre la lona.

Por otra parte, no quería emplear sus últimas posibilidades contra aquel enemigo. Le horrorizaba golpear con sus antebrazos el rostro del hombre de color no fuera a ser que le pasara lo mismo que le ocurrió a «Veneno».

Aquel era una especie de complejo que, desde aquella fatídica noche, Jim Warron no podía olvidar.

Daría por bueno que Bruymaker resultase el vencedor.

Lo admitía así, cuando en uno de los forcejeos cuerpo a cuerpo, el jadeante Bruymaker le susurró al oído:

—No te preocupes, Jim… ¡Hoy harás tu primer tongo!

—¿Qué estás diciendo?

—Voltéame y salta sobre mí, nada más caiga de espaldas sobre la lona.

—¡No seas loco! ¿Ya no quieres ganar?

—Ellos habrán apostado por mí… Lo sé por todo lo que me estuvo diciendo Tiberio… ¡Vamos a fastidiarles!

No tuvo tiempo para susurrarle más: pero sí que le permitió aferrarle; voltearle por encima de sus hombros y nada más dar con él en la lona Jim Warron saltó: puso todo su peso sobre el estómago del rival, quien formidablemente simuló que pugnaba con todas sus fuerzas para lanzarle de allí.

No lo consiguió e instantes después Jim Warron, «El Asesino del Ring», ganaba el combate entre un clamor general.

«Sangre Negra» se levantó y públicamente le ofreció su mano. También le susurró al abrazarle ante el aplauso general:

—Tranquilo, Jim. ¡Todo saldrá bien!

Por un instante, tan solo durante una fracción de segundo, desde la altura del cuadrilátero Jim Warron buscó con afán las sillas de *ring* que solían ocupar Tiberio Loy y sus ayudantes. Aquella noche también estaban allí el elegante Rossi Donatto, como siempre presumiendo de la compañía de la bonita, elegante y sofisticada Iliana Luketi.

Era la única que aplaudía entre ellos.

Los rostros serios y avinagrados de Rossi Donatto y Tiberio Loy eran todo un poema.

Parecía que les reventaban las tripas.

Jim Warron les sonrió.

Seguía siendo el mejor. ¡El vencedor!

Aunque nadie más que el noble Bruymaker y él sabían que aquel había sido una pelea «amañada».

Su primer tongo...

* * *

La nota estaba firmada por Iliana Luketi y sugestivamente invitaba:

> «Te espero, mi amor: ya conoces mi coche y en él haremos otra maravillosa escapada. Estaré en el parking a las 2.30: el cerdo de Donatto duerme a esas horas».

—¿No pensarás ir, Jim?

—¿Por qué no, Bruymaker? ¡Es la cita de una hermosa mujer!

—Te apuesto lo que quieras que es una encerrona preparada por el mismo Donatto... ¡O por Tiberio!

—También lo pienso así.

—¿Y vas a ir?

—Tú me acompañarás, Bruymaker.

—¡Ah, no, no, amigo! Ya me he arriesgado bastante. Si se enteran que hemos mandado analizar esa carne...

—Mañana nos darán el resultado.

—Ya viste sus caras: no les ha gustado que me vencieras.

—No te vencí. ¡Te dejaste ganar!

—Puesto que vamos a abandonarles, quise que perdieran todo lo que habrán apostado por mí.

—Seguro que una fortuna.

—Peor para ellos. ¡Ya han ganado bastante otras veces!

—Anímate, Bruymaker: tú vigilarás, por si intentan algo contra mí.

—¿Y si no es así?

—Pues mejor: me voy a pasear con la chica en su coche.

—Y yo con los dientes largos, ¿no es así?

—¡Hombre! No querrás que los dos, solos con ella…

—Pues me parece que ella aceptaría, Jim. ¡Es de las insaciables!

—En eso acertaste, Bruymaker.

—No hay como conocer el paño de antemano. ¿Verdad, Jim?

—Anda, hombre: déjate de pensar en esas cosas y prepárate.

—¿Y si nos vigilan?

—Nada se atreverán a hacer en el hotel. Sería muy escandaloso.

—Te aseguro que tengo miedo, Jim.

—¿Un hombre como tú?

—¿Qué tienen que ver los músculos, para sentir miedo ante tipos así? Ellos siempre van armados y…

—Pero te digo que no se liarán a tiros en el hotel. ¡Tienen mucho que perder en un escándalo!

—¡De acuerdo, Jim! A las dos y media estaré bien oculto en el parking.

* * *

Cuando llegó la hora de la cita «amorosa», Jim Warron descendió en el ascensor a los sótanos del edificio. El silencio más absoluto reinaba allí y solo al fondo, donde había unos coches aparcados de los clientes del hotel, unos tubos de neón prestaban cierta claridad a la larga y ancha nave.

Jim Warron anduvo hacia allí, procurando hacer ruido con los tacones de sus zapatos. El eco repercutía en el silencioso subterráneo, hasta que una voz femenina anunció:

—¡Estoy aquí, Jim!

—Deliciosa como siempre, Iliana. Y además de mujer hermosa… ¡Puntual!

—¿Te dio el botones mi nota?

—¿No me ves aquí, mujer?

—Anda, sube al coche. ¡Estoy impaciente, mi campeón! Daremos un buen paseo… ¡Lo que resta de noche es nuestra!

—Verás, Iliana. He pensado que estaríamos mejor en mi habitación… ¡Más confortables!

—¡Oh, no, no, amor! En el mismo hotel… ¡Sería muy arriesgado!

—¿Por qué? Todos duermen: no he encontrado ni a los botones ni camareros por los pasillos.

—Pero... ¡Es que antes quiero pasear bajo la luna junto a ti!

—No seas romántica. ¡No te va!

—Lo soy. Aunque no lo parezca... ¿Subes? Conducirás tú, como la otra vez en Chicago.

—Pero ahora estamos lejos de Chicago, reina... En el Estado de Louisiana: concretamente en la ciudad de Nueva Orleans.

—Lo sé, Jim. ¡Pero insisto en ese paseo!

—¿No será que quieres alejarme de aquí, Iliana, de este hotel?

—¡Qué tontería, cariño! ¿Para qué iba a desear eso?

—Tienes quien te paga. Quien te compra todos esos vestidos y joyas.

—¿Qué insinúas con eso?

—No te pongas seria, ni te ofendas. Una mujer como tú, necesita siempre un gran «protector» que disponga de mucho dinero. ¡Como Rossi Donatto!

—No lo niego. Siempre me llama «reina» y me tiene como a tal.

—Lo mereces, mujer. Y naturalmente, tú procuras complacerle.

—Debo hacerlo: las mujeres estamos para eso.

—Y también, para ser «cómplices» de sus amantes.

—Estás muy raro esta noche, Jim.

—Verás. Es que esta noche le hice una sucia jugada a tu rico y poderoso «protector».

—Nunca me mezclo en esas cosas. Aunque algo oí.

—¿Por ejemplo, reina?

—¡Ay! Ya te dije una vez que tú no me llames así.

—¡Habla! —casi exigió.

—Nada puedo decirte en concreto: aunque Rossi estaba de muy mal humor. Le oí discutir con Tiberio y Angelo.

—¿No te acuerdas sobre qué, Iliana?

—¡Ay qué fastidio! ¿Vas a subir al coche o no?

—Vas a bajar tú.

—¡No! Y no subiré a tu habitación... ¡Por más que lo desees!

De pronto, un leve roce le hizo recular dos pasos a Jim Warron.

Pero ya era demasiado tarde: una sombra había brotado tras el lujoso «Sedán» descapotable pintado de rojo, advirtiendo una voz conocida:

—Tranquila, Iliana. ¡Él sí subirá al coche y los tres daremos un largo paseíto juntos!

—Hola, Tiberio. ¿Sabes que te esperaba?

—¡No me digas, don adivino!

—Te mueres de ganas por apretar el gatillo de esa pistola, ¿verdad?

—En eso sí aciertas, Jim. ¡Desde que terminaste la pelea esta noche!

—¿Cuánto habéis perdido?

—Una millonada. ¡Pero tú y ese cochino negrazo vais a perder más! ¡Mucho más!

—Lejos de aquí, ¿verdad?

—Y de forma que nadie nos pueda acusar.

—Adelante algo, hombre. Todo reo tiene derecho a su última voluntad.

—¿Y por qué no? A nadie se lo podréis contar.

—¿Hablas en plural? ¿Te refieres también a ella?

Tiberio Loy aquella vez no contestó. Pero su mano armada se movió hacia la mujer, hasta que terminó confesando ante la mirada de Iliana Luketi:

—Lo siento, preciosa. ¡Son órdenes del jefe!

—¡No! ¡No, Tiberio! —casi gritó ella—. Estás mintiendo... ¡Rossi no pudo ordenarte eso! A mí me pidió...

—Sé lo que te pidió, guapa. Que engatusases a este pájaro para dar un paseo. Pero ignorabas que al llegar a cierto sitio y parar allí. Angelo esperará para liquidaros a los dos.

—¡A mí no! ¡No! ¡Te digo que mientes!

—No juegues a la ingenua. ¡Tienes muy ofendido al jefe!

—Rossi no sabe nada de Jim y yo...

—Te equivocas, guapa. ¡Se lo conté yo!

—¡Eres un canalla!

—Tú... ¡Bah...! Ya sabes lo que eres, «reina».

—¡No conduciré! ¡No me moveré de aquí!

—Da lo mismo: cambio de planes y en paz. Descerrajaré un tiro a este gigantón con esta pistola, y luego con esta otra dispararé sobre ti... La policía creerá que os habéis matado mutuamente... ¡Ya sabes! Pasiones amorosas, relaciones imposibles y todo ese cuento sensiblero.

Era cierto que ahora empuñaba dos armas.

Jim Warron hacía unos minutos que no dejaba de pensar en su

amigo Bruymaker.

¿Qué hacía que no daba señales de vida? ¿Sería cierto el miedo que le había confesado y no estaría por allí? Bruymaker era un hombre de pies a cabeza y creía conocerle bien.

Pero a veces, los amigos fallan y…

De pronto, una voz de bajo profundo sonó en el silencioso subterráneo al advertir:

—¡Te estoy apuntando, Tiberio! ¡Y también rabio de ganas de apretar este gatillo!

—¿Eh? ¡Maldito negro!

—Tú verás lo que haces, pistolero.

Jim Warron olvidó su angustia reciente y consiguió sonreír. Y al mirar a la bella y elegante mujer comentó:

—Mejor que vayamos a mi habitación, todos juntitos iremos a la policía. ¿Os parece bien?

Y luego, más serio y enérgico:

—Dispara, Bruymaker. Este imbécil no se decide a soltar sus «juguetes».

—De acuerdo, Jim. Apártate un poco y le volaré la cabeza.

CONCLUSIÓN

El teniente Arthur Penn resumió manifestando:

—No se preocupen: hay más que suficiente para enviar a toda esa «Organización» de «El Gran Donatto» a chirona.

—No olvide lo de los análisis de la carne, teniente.

—Descuide, Jim. Es una prueba concluyente. Eso sin contar que, a la hora de las declaraciones, unos a otros se han delatado.

—¿Aclararán también lo del pobre «Veneno»?

—Por supuesto. El juez ordenará el levantamiento del cadáver y se le practicará la debida autopsia. Rossi Donatto ha declarado que eso fue idea de Tiberio Loy, pero él tampoco escapará a esa responsabilidad.

—¿Y qué pasará con Iliana Luketi?

—Quiso llevarle a dar un «paseo» sin retorno, ¿no?

—Sí, pero...

—Eso es tentativa y complicidad de asesinato. ¡Aunque ella lo niegue!

—¿Sabe lo más divertido, teniente?

—Nada de todo esto es divertido.

—Para nosotros sí. Mi amigo Bruymaker no apuntó a Tiberio con ningún arma.

—Jamás tuve una en mis manos.

Mirando de pies a cabeza al gigante negro, el teniente Arthur Penn opinó, admirativo:

—Creo que con esas manazas no le hace falta ninguna.

—Todo fue una jugada de «farol».

—¿Y si Tiberio Loy llega a disparar?

—Mala suerte, teniente. Y además, los cobardes nunca se arriesgan tanto.

—Debieron avisarnos.

—No teníamos pruebas suficientes. Ni tan siquiera entonces conocíamos el resultado de esa carne intoxicada.

—¿Saben lo que mezclaron con ella?

—Ni idea, teniente.

—Unos polvos que, cuando se hace mucho esfuerzo, llegan a agarrotar el corazón. Es un compuesto chino, muy antiguo, que apenas deja rastro. También nos hemos cuidado de ese cocinero.

—¿Quién le pagó a ese chino?

—Aún no se sabe: se empeña en decir que él no sabe nada. ¡Absolutamente nada!

—Ya hablará.

—No se preocupen: tenemos buenos especialistas.

—Bien, teniente. Pues si ya no nos necesitan para nada…

—Tendrán que venir a declarar cuando se celebre el juicio.

—Estaremos aquí, teniente. De momento, volamos los dos hacia Chicago. Tengo buenos amigos allí, a quién les debo algunas explicaciones.

* * *

Las «explicaciones» de Jim Warron fueron muy sencillas. Cuando volvió a estar frente al viejo León Bronsky y su hija Nadia, se limitó a decir:

—Cuando vi que uno de los pistoleros de «El Gran Donatto» te golpeaba en el gimnasio, tuve ganas de saltar sobre ellos.

—Habrías hecho mal, Jim.

—Sí… Logré contenerme, pero me prometí desde aquel mismo día luchar contra él y su maldita «Organización». Tipos así son los que lo ensucian todo.

—Te lo dije yo, Jim.

—Lo sé, viejo. ¡Y también que discutimos! Pero cuando Nadia me mandó a paseo y me dijo que jamás volvería a tocarle ni una sola mano, yo… yo…

—Nos ofendiste, Jim. ¡Nos llamaste «pobretones»!

—Ya no lo seremos más. Ahora tengo buen cartel y mi nombre se cotiza mucho.

—¿Pero te seguirán anunciando con eso de «El Asesino del Ring»?

—¡Ni pensarlo, cariño! Todo eso se terminó. A mi amigo Bruymaker tampoco volverán a anunciarle como «Sangre Negra».

—Por lo que nos has contado de él, es una excelente persona.

—Lo es, Nadia. ¡Él me ayudó mucho!

—Yo no dejaré la decoración: me va muy bien ahora y…

—Nada de eso, futura señora de Warron. ¡Para luchar por nuestras vidas y felicidad, me basto yo!

—¿Machista, Jim?

—No, cariño: pero será mejor así.

—No sé por qué —insistió la muchacha.

—Porque pronto tendrás que cuidar de nuestro hijo… ¡Y él sí que llegará a Míster Universo, si sale tan guapo como tú!

—¿Y si es niña?

—Será Miss América —no se amilanó Jim Warron.

El viejo León Bronsky les sonreía y decidió que sería mejor salir a dar un paseo.

Que en ciertas ocasiones, los jóvenes enamorados prefieren quedarse solos…

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

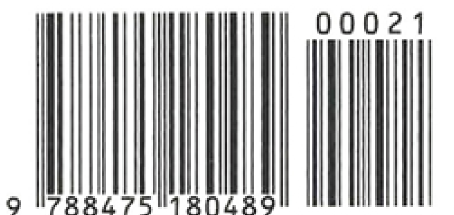
Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España